

MARIANNE KOHN DE BEKER †

REFLEXIONES JUDÍAS A LAS PUERTAS DEL TERCER MILENIO¹

“Si deseas que el futuro sea diferente del presente, estudia el pasado”.

Baruch Spinoza

Preocuparse por su continuidad es una constante en la larga historia de las comunidades judías. Porque han sufrido la suerte de las minorías religiosas, étnicas o culturales, carentes de poder, cuya sobrevivencia ha estado siempre sujeta a la arbitrariedad de los designios de los poderosos. El hecho de que aún no hayan desaparecido, diezmadas por sus enemigos o amalgamadas con los otros pueblos, disuelta su memoria y diluida su identidad en el proceso asimilatorio de la cultura, es una de las cuestiones que ha recibido las más disímiles respuestas, dependiendo de la proveniencia de quienes se la plantea y, más aún, de sus conveniencias.

A estas alturas, los judíos deberían ser expertos en sobrevivencia, por lo que -quizás- hasta podrían ser consultados, ahora, cuando el peligro de la continuidad se ha extendido a toda la población humana. En lo que va de siglo, intelectuales y científicos coinciden en la inmensa preocupación por la sobrevivencia del hombre y sus voces de alerta sobre lo amenazante que el porvenir se ha convertido, en los últimos años, en un giro de angustia, perdido en la maraña de tantos ires y venires, ambiciones, vanidades y sofocos que mantienen el grueso de la humanidad azarado y confundido; y, ojalá, no sea demasiado tarde cuando caiga en cuenta.

1 Artículo inédito de Marianne Kohn de Beker

Pero, la mayoría de los judíos no está menos confundida, porque confiaba que, con el paso del tiempo la humanidad mejoraría. En vez de eso, los crímenes cometidos, en nuestro siglo, contra poblaciones multitudinarias de los más diversos lugares, sobrepasan a todas las crueldades anteriores de las que se tenga noticia. Se ha causado la muerte de millones de seres humanos por enfrentamientos bélicos, ejecuciones, exterminios, hambrunas provocadas. Millones de hombres han huido, perseguidos y expulsados. Contingentes de refugios, en magnitud increíble, se van de una región a otra, cada vez hay menos lugares dispuestos a acogerlos. La precariedad de la vida, tan amargamente resentida por el pueblo judío en la Diáspora², es hoy compartida por media humanidad.

La realidad actual contradice una de las creencias fundamentales del judaísmo, que se basa en la perfectibilidad del hombre; por la que su esperanza de sobrevivencia se mantuvo incólume a todo lo largo de su peregrinaje, incluso después de las innumerables divisiones sufridas en su propio seno, debidas a diferencias surgidas por estar expuestos a circunstancias externas distintas, a consecuencia de su dispersión, y por desavenencias internas, que nunca han faltado. Es tan profunda su decepción hoy, que unos judíos desesperanzados le den la espalda a su religión, mientras que otros se aíslan del mundo.

Desde la posición que ocupamos ahora, después de todos estos terribles acontecimientos, es fácil comprender por qué fue equivocada la esperanza judía. Ocurrió que, con la llegada de la Modernidad, extrapoló su creencia en la perfectibilidad, a la doctrina progresista del Humanismo, que aseguraba un futuro mejor; y se aferró a la tan deseada conclusión de que, gracias al aumento de los conocimientos, las mejoras para la humanidad se sucederían, una tras otra, en una evolución continua hasta el día en que la paz y la prosperidad abarcaría a todos. Esa confianza contribuyó a que muchos judíos se aprestaran a alistarse en las filas humanistas, para contribuir en la empresa del conocimiento que debía proporcionar a todos, incluidos los judíos una vida más justa y pacífica. En el camino hacia su "emancipación"³ no podían

2 Nombre genérico de todos los lugares habitados por los judíos fuera de la Tierra de Israel.

3 Como los judíos denominan su entrada en la Modernidad gracias a la acepción

imaginar que los conocimientos científicos por sí solos no conduce a las buenas acciones.

Porque, la civilización occidental, a pesar de que se suele presentar como heredera de la tradición judía, ha estado dirigida hacia objetivos que no son precisamente los que anidan en el corazón y espíritu de los pueblos sometidos a condiciones inhóspitas. Es una civilización de conquista. Cada invento o descubrimiento implica una nueva cuota de poder, que aumenta el de quien ya lo ostenta, o contribuye a fortalecer a otro, gracias a lo cual logrará derrotar al anterior. En efecto, el desarrollo del conocimiento científico y sus aplicaciones prácticas que ciertamente ha sido constante, ha estado al servicio de intereses económicos y políticos, donde se miden sus beneficios en términos del poder. Es indiscutible que el hombre común ha aprovechado, en buena medida, gran parte de los aportes provenientes del desarrollo extraordinario de las ciencias, pero por razones tangenciales, es decir, sólo cuando la satisfacción de sus necesidades ha coincidido con los intereses de quienes manejan los productos del conocimiento científico a su antojo.

El anhelo legítimo de bienestar que habita en cada ser humano ha prestado un excelente servicio, por lo mismo que le es tan caro, a quienes no se cansan de utilizarlo para sus propios fines, como arma de propaganda en lemas y consignas dirigidas atraer hacia sí el apoyo popular que necesitan. Pero, a las puertas del Tercer Milenio, ya está claro que los objetivos de bienestar, libertad y seguridad que se han trazado nuestra civilización no se han referido a la población mundial como un todo sino a grupos privilegiados a expensas de otros. De manera que sí, en efecto, hay épocas de más libertad y bienestar para los que no han sido invitados a compartir el pastel, es sólo por la conciencia de que, por una vez, las conveniencias de los poderosos fueron propicias a algunos de aquellos cuya suerte está sujeta a la arbitrariedad de los poseedores de la autoridad de turno.

Los judíos se dieron cuenta de esta realidad demasiado tarde. Después de que estuvieron a punto de ser extinguidos, cuando experimentaron el suplicio máximo, el asesinato de 6.000.000 de su pueblo a manos de los nazis, que estaban empeñados en la desenfrenada carrera

hacia la consecución del poder total. Y cuando tuvieron que reconocer la poca disposición que ha habido a su favor en el panorama internacional relacionada a su increíble epopeya emancipadora.

Aun así, no se resignan. Queda un último resabio de esperanza compartida con el hombre común, de que la humanidad decidirá cambiar de rumbo antes de que suceda lo peor. La verdad es que aún hay judíos que mantienen la creencia de que llegará el día en que los gentiles los reivindicarán. Sólo entonces será posible la *parousia*. Porque en la tradición judía el advenimiento del Mesías se supedita al día en que el hombre, por su buena conducta y buenas acciones, esté preparado para recibirlo. Su llegada sólo puede ser interpretada como la recompensa, el premio, que les espera en el futuro por sus afanes.

En efecto, si el hombre es perfectible, como afirma las "Sagradas Escrituras", llegará el momento en que el mandato "no hagas a otro lo que te es odioso que te hagan a tí" que, según un gran sabio judío cuyo nombre era Hilel, resume todo el contenido en la Torá⁴, será la vara por la cual medirá sus actos, no sólo en las relaciones individuales, sino, y primordialmente, en las colectivas. Pero, para eso haría falta, además de la capacidad de automejoramiento, un genuino deseo de hacerlo. Hasta ahora ha demostrado el perfeccionamiento de sus recursos para la muerte. Su capacidad para matar al prójimo no tiene límites. "Perfeccionamiento" en la tradición judía significa, en cambio, practicar una conducta capaz de otorgar dignidad a la vida. Por algo el mismo mandato tiene su colofón que reza: "Anda y estudia" que, en este caso, no hace referencia a los estudios científicos que caracterizan y enorgullecen a nuestra civilización, sino a aquéllos que nos enseñan fundamentalmente a no caer en la idolatría, respetar la vida y ser responsables los unos a los otros.

Un brevísimo recuento de las tribulaciones del pueblo de Israel en su convivencia con otros pueblos con distintas creencias, costumbres y culturas podría ser suficiente para mostrar lo poco o nada que se ha aprendido en ese sentido. La intolerancia tradicional que acompañó al hombre a lo largo del pasado es la misma que se presta ahora a entrar con él en el Tercer Milenio.

4 El Pentateuco, los 5 libros de la Biblia que terminan con la muerte de Moisés.

Después de sus exilios de la tierra de Israel, donde fueron soberanos, primero desmembrados por los asirios, luego esclavizados por los babilonios, sometidos por los griegos y desterrados definitivamente por los romanos, los judíos se dispersaron por las comarcas de Asia Menor y Europa donde fueron recibidos para servir a los principales de turno; y en cada una de ellas, por lo general, tuvo lugar el siguiente orden de acontecimientos:

A su llegada solían lograr ciertos privilegios políticos y económicos, pero sólo debidos a su afán de demostrar su utilidad, que los colocaba en una situación ostensiblemente ventajosa en relación con el común de los pobladores originarios del lugar en el que se habían instalado, lo que hería susceptibilidades y alimentaba el odio y la envidia populares. Este hecho, a su vez, convirtió a los judíos en víctimas fáciles de la extorsión y el chantaje, la que no pocas veces se sometieron para comprar su protección; lo que aumentó aún más la animadversión hacia ellos. Esa hostilidad solía mantenerse bajo control por el tiempo en que realizaban funciones indispensables para el manejo de la región.

A medida que disminuía su importancia, la costumbre fue permitir que la furia de las masas se desencadenara contra ellos; cuando no la fomentaban abiertamente, para hacer de ella una fuerza lo suficientemente importante como para llegar a ser más valiosa políticamente que la presencia judía. Los resultados de estas conductas discriminatorias han sido siempre los mismos: saqueos, violaciones, confinamientos forzosos (ghettos), persecuciones y matanzas (pogroms) que, con tanta frecuencia, les fueron infligidos a lo largo de su trajinar por el mundo.

Semejante modo de proceder del pueblo anfitrión hacia su huésped judío se repitió hasta la saciedad, y finalmente, el remanente terminaba por ser expulsado o huía, con el objetivo de ponerse a salvo, y radicarse en otras localidades menos inhóspitas. Los acompañaba la esperanza, siempre fracasada, de que no volvería a suceder lo que tanto temía que sucediera. Por lo visto, su condición de parias parecía ser una condena a la que estarían sentenciados para siempre.

A pesar del simplismo que conlleva toda generalización, este somero esquema de los avatares judíos puede contribuir a entender mejor el sentido de algunas expresiones que se suelen usar para referirse a ellos. Una es la del "judío errante" que el común de la gente interpreta

como su modo de ser, como si no quisiera o supiera echar anclas, como si su continuo migrar de un sitio a otro fuera un acto voluntario o la respuesta a una necesidad inherente a su naturaleza. Hay otros que, por su parte, creen que su condición de errante es el castigo recibido por no haber querido renegar de su religión, ni aceptar la conversión al cristianismo.

Ambas explicaciones sólo contribuyen a reforzar los prejuicios que los humanos suelen tener de otros congéneres que no cumplen con las condiciones de un patrón preestablecido. Por el contrario, no hay nada más ajeno al judío que la aventura. En el común de los casos él es un ser sedentario, amante del calor del hogar, de la amistad, contrario a la violencia física, pacífico, que se enamora perdidamente del lugar en el que su vida se desenvuelve, como ha sido el caso de los judíos sefardíes quienes no han dejado nunca de cargar con su nostalgia de España, ni de festejarla con cánticos y poemas; o el de los judíos alemanes que, hasta que fue demasiado tarde, confiaron en sus compatriotas. Después de todo ¿qué patriota alemán se atrevería a negar que el judío Heine es su mejor poeta? Nadie debería poner en duda el patriotismo de los judíos ingleses, franceses, americanos, que han entregado y entregan lo mejor de sí mismos a los países que les otorgan su nacionalidad. A pesar de eso, el judío no deja de ser -hasta en el mejor de los casos- sino un hijastro de esos mismos países cuya nacionalidad, contribuyó a forjar.

Pareciera, ciertamente, que se tratara de una fatalidad. Pero, es un destino del que no se pueden zafar ni siquiera por la conversión, porque también intentaron eso los judíos, que a partir del siglo XIX comenzaron a bautizarse con el objeto de ser bien recibidos en la sociedad europea moderna que disfrutaba de sus inventos, su música, su literatura, pero les cerraba celosamente la puerta de entrada a su sociedad. La sociedad gentil europea no dejó de rechazar ni aún a los que optaron por cambiar de religión. Fue necesario que llegara Hannah Arendt⁵ para que, por lo menos, quienes la han leído hayan logrado entender que fue su condición de parias, de seres desprotegidos, la que los sentenció a una existencia precaria, a hacer cada vez más difícil

5 Arendt, Hannah (1906 - 1975). *The Jew as a Paria*, Grove Press, New York, 1978.

su sobrevivencia; porque el momento mismo en que dejaron de ser indispensables, adquirieron todos los feos calificativos que se adjudica al extraño, al otro, al extranjero; y de allí a la acusación de culpabilidad, la de ser los causantes de los males que aquejan al país que ya no los necesita, no hay más que un paso, el último sería la "Solución Final", el exterminio de la totalidad del pueblo que ordenó Hitler en su día.

Si bien es cierto que el nazismo no pudo alcanzar el éxito de su cometido porque fue derrotado antes, en la guerra mundial que desató; además de diezmar a los judíos (un tercio de su población global fue asesinado brutalmente, no en campos de batalla, puesto que no se trataba de un enfrentamiento entre guerreros, sino en campos de concentración y cámaras de gas), infligió un daño irreversible a sus estructuras tradicionales y a su legado cultural milenario. Pero, también cambió drásticamente la faz del mundo, porque éste, por primera vez, se vio obligado a observarse reflejado en su propio espejo, y lo que descubrió de sí mismo en él es la aterradora verdad desnuda de la facilidad con la que podemos convertirnos de la noche a la mañana en victimarios, colaboradores o espectadores pasivos e indiferentes del genocidio de millares de inocentes. Con esta carga a costas, la humanidad se apresta a ingresar al tercer milenio.

Aún hay quienes creen que este horrible crimen, increíble no sólo por su magnitud, sino por el hecho de haber sido planificado y puesto en práctica, a través de un sistema legal, por un gobierno legítimo de uno de los países más civilizados del mundo, es la continuación de las políticas aplicadas a los judíos en el pasado, que puede ser explicada por la teoría del "*chivo expiatorio*", a la que los judíos gustan recurrir, porque enfatiza la inocencia de la víctima, que es utilizada para enmascarar los intereses que verdaderamente están en juego.

Hannah Arendt también se encargó de arremeter contra el mito del *chivo expiatorio* que sólo ha servido para la auto conmiseración, pero no ayuda a descubrir los factores, racionales e irracionales, que coexisten en el momento en que se despierta la animosidad de un pueblo para volverse contra otro, con el que convivió en buenos términos por varias generaciones.

No ser culpable, no implica -necesariamente- ser inocente. No hay duda que la presencia judía en el seno de una comunidad, mayoritaria-

mente, no judía provoca una interacción que afecta a ambos conglomerados. Depende de sus adalides o guías la aceptación o el rechazo de los cambios ocurridos. La manera de proceder, de pensar e incluso de creer que tienen los judíos puede llegar a tener una influencia que el cristianismo siempre se encargó de mantener a raya. Cuando la Iglesia Cristiana era el poder dominante de Europa, los mandatarios protegían y mantenían a los judíos en lugares específicos para aislarlos de su posible contacto e influencia del grueso de su población. Los utilizaban para labores de carácter administrativo y relacionadas directamente con los intereses de sus gobernantes, pero mantenían vigentes sus estructuras comunales, modos de vida, hábitos y costumbres propios, que los separaba aún más del resto de la población; la que, a su vez, se entretenía tejiendo fábulas y mitos alrededor de ellos, alimentados por los autos de fe, las enseñanzas audiovisuales de los recintos religiosos iluminados por vitrales y embellecidos por murales, cuadros y esculturas dedicados a enfatizar la perfidia de los judíos, a través del calvario y la muerte de Jesús.

En la Europa nacionalista se les propuso adoptar la ciudadanía, lo que, en principio, significaba compartir los mismos deberes y derechos con la población del país en el que habían establecido su hogar desde mucho tiempo atrás. Una estampida de judíos se produjo hacia las naciones de Europa occidental y América, donde esa puerta se abrió. Su incorporación al mundo moderno fue, después de todo, una entrada a la vez trágica y triunfal. Porque si bien no desaprovechó la oportunidad ofrecida en su condición de individuo; como, al mismo tiempo, ella le fue negada tácitamente en cuanto a su existencia comunitaria, quedó desamparado de toda protección política para el momento en que los vientos favorables se volvieran en su contra. El judío que se emancipaba del "yugo" al que estaba sometido por la tradición secular de una vida comunitaria ordenada rigurosamente por normas que se consideraban emanadas directamente de la autoridad divina, tenía derecho a recibir educación superior y a prepararse para ser un ciudadano que pudiera servir a su Nación.

El proceso de "asimilación"⁶ no se hizo esperar. La seducción que produjo en los judíos su contacto con la Modernidad por sus aportes

6 Sustitución de los elementos identificadores judíos por la cultura predominante.

científicos, culturales y artísticos los condujo a sustituir valores que consideraban obsoletos, y abrazaron con pasión los ideales del humanismo y el cientificismo que proclamaban la tolerancia, el progreso y la justicia universal, puesto que fue su carencia, precisamente, la que los había sentenciado, por centurias, a tener que luchar amargamente por su sobrevivencia.

Probablemente la asimilación completa, que la intolerancia de la Iglesia cristiana no pudo lograr por la conversión forzosa a la que los sometió la Inquisición - para luego perseguir, con más ensañamiento a los "nuevos cristianos" - se hubiera producido voluntariamente si los lemas y las consignas revolucionarias de "Igualdad, Fraternidad y Libertad" no hubieran sido más que una frase vacía.

Las naciones-Estado muy pronto cayeron en cuenta que los judíos no sólo tenían una tradición religiosa diferente, sino opiniones y hasta convicciones políticas que no siempre coincidían con la de los políticos de turno. El temor a que dichas opiniones pudieran convertirse en una fuerza política, los llenó de desconfianza hacia ellos, y esto dio origen al antisemitismo político.

La misma Francia se encargó de romper el corazón de sus fieles ciudadanos franceses judíos con el turbulento proceso seguido a Alfred Dreyfus, un militar francés de origen judío que, a pesar de su inocencia, fue acusado y sentenciado por alta traición a la patria y enviado a la Isla del Diablo a cumplir su condena, lo que originó una explosión de los más virulentos ataques a los judíos en la prensa y las más infames caricaturas y referencias hostiles. El país se dividió en dos bandos, los que lo defendían y los que lo condenaban. Ambos contaban con nombres ilustres, porque cuando se trata de los judíos, pareciera que no fuese posible, sino radicalizarse, es decir, actuar más de acuerdo con los sentimientos que con la razón.

La antipatía como la simpatía son viscerales. Muy poco o nada tienen que ver con los hechos, porque, en la mayoría de los casos prevalece una gran ignorancia. Después de todo, ningún texto de historia se toma la molestia de mencionar a los judíos. Muchos años de denodados esfuerzos de sus defensores fueron necesarios y sólo, gracias al respaldo que recibió de una de las figuras más populares de su tiempo,

el escritor Émile Zola⁷, Dreyfus fue rehabilitado. Pero el daño estaba hecho. Demasiado tarde para él y para el buen nombre de los judíos.

A pesar de sus esfuerzos por congraciarse con la sociedad europea el judío "ilustrado" no dejó de ser cuando más, un advenedizo. Su insistencia por demostrar su alta conciencia ciudadana y su fidelidad a los ideales de la Nación fue interpretada como propia de trepadores y oportunistas cuando no de usurpadores. La desconfianza hacia los judíos no disminuyó cuando enterraron sus diferencias y quemaron sus amarras al viejo tronco judío. Al contrario, en el momento mismo en que comenzaron a confundirse con el resto de la población, el rechazo aumentó y también comenzó a cundir el miedo de que se trataban de quintacolumnistas, traidores disfrazados de patriotas que en realidad querían apropiarse de todo.

"Los Protocolos de los Sabios de Sion", un panfleto anónimo de inflamable contenido antisemita originario de Rusia, donde los judíos se habían colocado del lado revolucionario, puesto que habían padecido los peores rigores de los regímenes zaristas, esparció su veneno por toda Europa con la acusación de que existía una conspiración internacional judía que se había propuesto someter al mundo.

En realidad, el programa nacionalista chocó, desde sus mismos inicios, con las propuestas universalistas humanistas de igualdad, fraternidad y libertad. El judío fue acusado prontamente de cosmopolitismo, no sólo porque estaba emparentado con rendir culto a mitos y leyendas heroicas y su profundo sentido crítico, dos defectos que se convierten en pecados capitales cuando se trata de afianzar un nacionalismo a ultranza, con el ánimo de acumular y asegurar el poder que arrebatan a otras naciones, para lo cual es indispensable contar con una población sumisa, obediente y dispuesta a cumplir las órdenes sin objetarlas.

Llama la atención de que, al contrario de lo que pudiera parecer, la sobrevivencia del judío se volvió mucho más precaria, justamente cuando se asimiló, es decir, cuando abandonó su forma de vida y religión tradicionales y quiso semejarse al resto de los mortales, cuando creyó que había alcanzado la igualdad, a raíz de la decisión tomada por

7 "J'Accuse" es el título de la carta abierta que Zola dirigió al diario L'Aurore en defensa de Dreyfus.

Napoleón de considerar a los judíos *ciudadanos franceses de religión mosaica*. Algo parecido había ocurrido antes con la Inquisición.

Los judíos que no aceptaron la conversión fueron expulsados de España, pero los conversos fueron perseguidos hasta los últimos rincones de la Tierra. En Lima, en México, en Brasil se instalaron las cortes y muchos de ellos fueron condenados a morir en la hoguera. La Iglesia los acusaba de ser falsos conversos. El término "marrano", nombre vulgar utilizado para los conversos, proviene de que éstos servían cerdo en su comida para demostrar que desobedecían el precepto religioso judío que lo prohibía. Es cierto que, para evitar la expulsión, muchos judíos optaron por el bautismo, mientras seguían ocultamente sus prácticas religiosas tradicionales, pero no sucedió siempre así. Incluso los que se convirtieron en sinceros creyentes de la doctrina cristiana no llegaron a ser sino *nuevos cristianos*, a diferencia de los *viejos*. Referirse a la *limpieza de la sangre*, significaba vanagloriarse de no tener sangre judía o conversa.

Pero, nadie iba a imaginar, especialmente los judíos, que cuando la Iglesia perdiera su poder, y se afanzaran las Naciones-Estado, éstas heredarían esa desconfianza que conduce a los pueblos a alimentar un odio cuyas consecuencias son de una magnitud que sólo depende de los medios que están a su alcance.

Esto sucedió en Alemania durante el régimen nazi, como también sucedió bajo el régimen comunista de la Unión Soviética, al poco tiempo de haber reconocido sus derechos de minoría cultural para mantener y enriquecer sus tradiciones. En el primer caso se trató de eliminar físicamente. En el sedo, además de la prohibición de mantener su identidad, se les discriminó a los ámbitos político, profesional y social. Stalin intentó agruparlos, como para ponerlos en cuarentena, en lo que él denominó la república nacional judía de Birobidjan, en Asia Central, donde casi no había judíos. Política muy similar a la del *Apartheid* de los blancos surafricanos.

La conclusión podía ser que no fueron, propia ni precisamente, motivaciones religiosas las que alentaron las persecuciones a las que los sometió la Iglesia Católica. O, quizás, la Modernidad encontró un nuevo motivo para aborrecerlos. Porque los judíos, incluso desprovistos de su religión, despertaron la animadversión de los nuevos poderosos,

como si se trataran de un elemento inasimilable. Ni su bautismo, ni su laicismo, ni su perfecto uso del idioma o su adquisición a los usos y costumbres de sus conciudadanos gentiles, han sido suficientes manifestaciones de que puede confiarse en su lealtad, para serles ofrecida su integración definitiva.

Durante el siglo XIX, cuando se acuñó el término *antisemitismo*⁸, comenzó a insistirse en las diferencias raciales y se procedió a otorgarles un ordenamiento jerárquico. En la actualidad el vocablo "racismo" ha caído en desgracia, y se prefiere hablar de *etnias*, cuando se desea subrayar las diferencias entre poblaciones que conviven en un mismo territorio. Es cierto que, en los últimos años, desde que se han desatado los más salvajes enfrentamientos étnicos en Asia, África y Europa, se ha despejado algo el misterio que acompaña la discriminación hacia el judío. Sin embargo, cuando se comparan estos hechos recientes con la destrucción del judaísmo europeo, acaecida hace cincuenta años, las diferencias son notables.

El exterminio judío no obedecía a fines territoriales. Si bien los nazis hablaron del "Lebensraum", es decir, del espacio vital que debían obtener, lo hacían para referirse a sus conquistas de tierras en Europa, a la contienda bélica propiamente. Pero no hubo enfrentamiento en el sentido estricto de la palabra cuando se trató de los judíos. En ese caso, lo que hubo fue expropiación, concentración, trabajo forzado y liquidación de una población civil que carecía totalmente de una organización que les permitiera defenderse aun de la manera más rudimentaria, sin discriminación de edad, sexo, procedencia, condición económica o social, o filiación religiosa⁹. Un solo requisito bastaba para ser objeto de todos esos atropellos: tener, aunque sólo fuese, un tío-abuelo judío.

En las cámaras de gas de los campos destinados al asesinato en masa de los judíos provenientes de todos los países europeos se encontraron, por primera vez, hermanos por el odio de los nazis hacia todos ellos, hombres, mujeres y niños que hasta entonces no habían

8 El alemán Wilhelm Marr usó este vocablo por primera vez en 1879 para designar las campañas antijudías desde su época en Europa.

9 The destruction of the European jews de Raul Hilberg fue el primer libro documentado que analizó exhaustivamente el proceso que llevó a los nazis a la declinación del pueblo judío. Publicado por Quadrangle Books, Harper & Row, New York, en 1961.

reconocido que tuvieran algo en común. Muchas veces, ni siquiera podían comunicarse entre sí, porque hablaban idiomas diferentes. Había entre ellos campesinos, obreros, profesores, empresarios, artistas, creyentes ortodoxos, bautizados y ateos.

Es muy probable que cuando Teodoro Herzl¹⁰, siendo un joven periodista austriaco, fue enviado a París a cubrir el proceso Dreyfus, para regresar convencido de la necesidad impostergable de abogar por la devolución de su tierra a los judíos; porque, en un momento dado, quedaban expuestos e indefensos a los ardores de los gobernantes antisemitas; no llegó a pasarle por la mente la idea de que él, o sus compatriotas corrían ese riesgo. El sionismo fue concebido, primordialmente, para socorrer a los judíos de Europa oriental y Rusia, víctimas de los rigores de una discriminación que los había reducido a la miseria y al maltrato cotidiano; sujetos a saqueos intempestivos y a acusaciones de presuntos crímenes rituales, que se inventaban para enardecer de odio a los pobladores no judíos que convivían con ellos; los que, de esta manera, volcaban sus frustraciones, no contra los verdaderamente culpables de su también espantosa situación, sino contra aquéllos, carentes de poder para defenderse.

Herzl confiaba en los gobernantes de los países *progresistas* de Europa entre los que, por supuesto, se encontraban Austria y Alemania. En su inocencia política supuso que las tierras que correspondían a la antigua patria de los israelitas, podían ser compradas a los terratenientes árabes que eran dueños de ellas, y las usaban para pastar rebaños. En efecto, muchas de las primeras granjas colectivas (*Kibutzim*), se asentaron en tierras adquiridas por un fondo creado a fin de proceder con la mayor legalidad posible. El sionismo fue, en sus comienzos, más un cometido humanitario y diplomático que un movimiento político.

En aquellos días, aún flotaba en el ambiente un clima humanista, y los judíos de los países, con regímenes liberales, de Europa consideraban el antisemitismo como el resabio de un pasado de intolerancia religiosa que terminaría por desaparecer, a medida que la humanidad progresara más. Confiaban en el triunfo de la racionalidad sobre la irracionalidad, que haría desaparecer el fanatismo, el dogmatismo y los

10 Herzl, Theodor (1860-1904), padre del Sionismo político y fundador de la Organización Sionista Mundial

prejuicios que forjaron los mitos que aún se resistían a desaparecer. Había mucho de ferviente anhelo en ese falaz optimismo que, más tarde, los agarró desprevenidos cuando el totalitarismo haría su aparición, precisamente en una de las naciones consideradas entre las más civilizadas.

Fue, más bien, en los lugares que sufrían los rigores de gobiernos autoritarios y retrógrados, donde el judío se percató de que la fiebre nacionalista que inflamaban a los pueblos, hasta entonces sumisos, no les ofrecía ninguna oportunidad, porque no estaban dispuestos a compartir con ellos sus conquistas. Quedaba la alternativa de la revolución marxista, porque se ofrecía como un movimiento internacional, opuesto al nacionalismo. O, de lo contrario, intentar su propia empresa nacionalista, para lograr legitimar su condición en el mapa político global, cuya única estructura con consenso universal era la de la nación-Estado. Su convivencia con los grupos nacionalistas del este europeo se había convertido en un suplicio. Su sobrevivencia ya no podía depender de favores o protecciones de gobernantes cada vez más desacreditados. Esta vez no les quedaba otro recurso que tomar su destino en sus propias manos. Regresar a su lugar de origen, ser dueños de su propio suelo y autogobernarse.

Los judíos que no se inclinaron hacia ninguna de estas dos direcciones optaron por hacer lo que solían hacer en el pasado: emigrar a otros lares más hospitalarios. Tampoco esto resultó fácil. Sólo los privilegiados, los que contaban con recursos económicos, que eran los menos, lograron a duras penas ubicarse en países como Inglaterra o Francia. El remanente trataba de instalarse Austria y Alemania, porque las poblaciones del resto de las regiones comprendidas en el Imperio Austro-húngaro despertaban al nacionalismo, y rechazaban el dominio de los Habsburgo, hacia quienes esos judíos sentían lealtad, porque bajo su mando se habían hecho acreedores de derechos de ciudadanía. El grupo más numeroso embarcó para América, dejando a la buena de Dios a los que no lograron reunir la suficiente cantidad de dinero como para poder comprar un pasaje de ida. Las comunidades de los EEUU y Argentina, las más importantes en número del Continente, provienen en su mayoría de esta inmigración a comienzos de este siglo.

Nadie ha sabido expresar mejor el sentimiento de alienación de los judíos asimilados en nuestro siglo que Franz Kafka¹¹. Nada como la historia personal de Kafka para delatar la situación de cuerda floja en la que se encontraron los judíos, yendo en contra de la corriente de las tendencias que habrían de caracterizar a nuestro siglo. Así como los judíos son proclives a los cambios en el orden intelectual y artístico; y -en muchos casos- son quienes los promueven; no saben en cambio anticipar los cambios políticos, no ponerse a salvo a tiempo frente a circunstancias desfavorables en ese orden. De la noche a la mañana se ven envueltos en un oleaje, sin saber nadar.

Sólo el hecho que Kafka haya nacido en Praga y, sin embargo sea un escritor alemán, ya es un síntoma de la anomalía de la vida judía en el continente europeo, siempre expuesta a quedar en una situación desventajosa, cada vez que se han hecho presentes sus innumerables divisiones, anexiones, desplazamientos del poder político y económico, que constituyen el entramado de la historia europea hasta el mismo día de hoy, cuando ya no siquiera Checoslovaquia existe como tal, porque el país se ha dividido en dos.

Hasta hace muy poco los checos ni siquiera sabían quién era Kafka. Después de su liberación del régimen comunista lo descubrieron por la presión de los turistas que preguntaban por la casa que lo vio nacer o su famoso "*Castillo*". Porque Kafka, a pesar de haber nacido donde nació, y haber estudiado y vivido la mayor parte de su vida allí, no era checo. Toda esa comarca más otras de Europa Central formaban parte del imperio de los austriacos que se extendía, en el occidente, hasta bien entrada Italia y, hacia el oriente, a los Balcanes. La educación superior se recibía en idioma alemán, en el que su singular prosa quedó inmortalizada.

Pero en su época, el nacionalismo checo ya existía y otros escritores escribían en la lengua checa. Kafka, por lo visto, se sentía excluido de ese mundo. Su formación cultural era germánica. Su familia acomodada se sentía mucho más a gusto en el ambiente burgués gentil que en

11 Kafka, Franz (1883-1924) escritor de enorme influencia en la literatura contemporánea. Autor de **La Metamorfosis**, **El Proceso**, **El Castillo**, **La Colina Penal** y otros escritos, diarios y cuentos, la mayoría de los cuales fueron publicados después de su muerte.

el tradicional judío. Como tantas otras familias asimiladas, las de Mahler, Freud, Einstein, Popper, Stefan Zweig, Elías Canetti, Schoenberg, Max Reinhardt, Walter Benjamin, Theodor Adorno...

Era obvio que esas familias germanizantes, en un ambiente crecientemente antagonista a todo lo que tuviera algo que ver con sus odiosos gobernantes, tenían contados sus días de tranquilidad. Lo que hicieron para protegerse fue buscar refugio en los países de los que eran agradecidos súbditos, Austria y Alemania.

Kafka viajó con frecuencia a ambos países y vivió en Berlín después de la derrota de la 1a Guerra Mundial, cuando se gestaba el movimiento que, con propiedad, puede reconocerse como hijo legítimo de nuestro siglo: el nazismo, como se desprende del análisis histórico recientemente publicado¹². Su obra se centra en protagonistas despistados; que no encuentran ubicación. Su presencia incomoda, porque no saben integrarse al medio y permanecen, como alejados del centro, en la periferia. Sus intentos de acercamiento, aparte de ser infructuosos, resultan molestos a los ojos de los demás, quienes sienten una desconfianza creciente hacia esos seres torpes y extraños que no actúan con naturalidad, alrededor de los cuales se erige una barrera infranqueable. Finalmente, son sorprendidos por acontecimientos en los que no tenían la menor idea de haber sido partícipes, y su caída en la trampa es tan segura como inevitable.

Su obra trata, simplemente, de la definición de sí mismo como judío, la que descubriría en su hogar con sus familiares y la de sus amigos. Todos ellos privados de su propia identidad y condenados a permanecer desnudos de aquélla a la que deseaban pertenecer. Un drama descarnado, que él se ocupó de describir con una prosa lacónica, fría, impersonal, falta de emoción, con la ironía del que asume su destino con fatalismo, sin atisbo de esperanza alguna, con su humor negro y restringido.

Los obstáculos que se presentan en el camino de los protagonistas de sus cuentos y novelas son insuperables. La indiferencia rodea al hombre y se siente abandonado a su suerte. Estar inmerso en el mundo es, cada vez más remota y dudosa y, sin embargo, más inobjetable. Los

12 Lukacs, John. **The end of the Twentieth Century**. Ticknor & Fields. New York. 1993.

intermediarios se vuelven infinitos por lo que no hay recurso a la apelación. Tomaría un tiempo más allá del tiempo del hombre para hacer cambiar el veredicto. Hagan lo que hagan, todos sus esfuerzos son insuficientes porque los escollos son insalvables.

A partir de un cierto momento, hasta el cual no le había sucedido nada inusual al protagonista, se instala la pesadilla. Ocurre algo que cambia irreversiblemente su situación anterior, como si se tratase de su caída de la Gracia. La zozobra se vuelve permanente.

En el caso de su obra "**El Proceso**", el protagonista, un día cualquiera, es acusado sin saber de qué, ni por qué. Ni siquiera logra llegar a saber cuál es la naturaleza de sus acusadores, todo lo cual pertenece como a un reino de bruma. En cambio, la condena se presenta real y concreta, a pesar de que no hay rastro de culpabilidad. No poder probar su inocencia es condición suficiente para ser condenado.

En otro escrito, se refiere al inexorable alejamiento de la meta. El protagonista se empeña en acercarse, corre en pos de ella, pero ella permanece inalcanzable. El drama no consiste en el fracaso del intento, sino en no poder dejar de intentarlo, aun a sabiendas de que será inútil. Es lo que sucede a su "**Artista del Hambre**", uno de sus relatos con más contenido simbólico. El judío es el *Sizifo* de la historia.

La presencia implacable de una Autoridad superior invisible e inalcanzable que siembra, con sus dictámenes arbitrarios, la angustia a su alrededor, y se mantiene sorda ante las tribulaciones humanas, esta insinuada en los escritos de Kafka. Se la suele interpretar, ya sea, como la referencia a un padre distante, exigente, justiciero como el que él mismo se quejaba de tener, o acaso como el Dios de los judíos, que se apartó de ellos, los abandonó a su suerte, les dio la espalda, y sembró la desolación. Pero también podría ser la sensación de la presencia del poder desnudo que pone en ejercicio la suprema eficiencia del burócrata, el funcionario, el autómatas, que se apresta a cumplir estrictamente y sin contemplaciones con lo que se le ordena. El régimen totalitario abocado a destrozarse en vida y a diezmar, antes que a otros, a los judíos.

La euforia que se produjo cuando se les permitió a los judíos entrar y participar en el desarrollo del mundo gentil, terminó en la mayor tragedia que les había ocurrido en el transcurso de su convivencia con

sus congéneres no judíos. Kafka tuvo la suerte de morir joven. Sus hermanas no regresaron de los campos de concentración nazis.

Hitler se empeñó en reconocerlos aún después de que les hubiesen dado la espalda a sus raíces, después de haber intentado ser iguales a los gentiles, para hermanarse y confundirse con ellos. Porque a pesar de todo, sostenía que había algo inasimilable en ellos; y ese algo era despreciable y sucio, contagioso y debilitante; y que los alemanes corrían el peligro de contagiarse en su contacto con ellos, y el riesgo de perder su fuerza, su valentía, su heroísmo que había hecho de ellos una raza superior, una raza de señores que estaban destinados a someter y dominar al mundo para ponerlo a sus pies y al servicio de sus intereses.

Hitler otorgó una exagerada importancia a la influencia de los judíos en el alma teutónica de su pueblo, que consideraba nefasta, "un germen degenerativo de la raza"¹³ pero no puede negarse que la intelectualidad alemana estaba ampliamente representada por judíos, por lo general, liberales y socialistas, más interesados en las conquistas del espíritu que en las geográficas, más inspirados por las oportunidades que ofrecían los cambios e innovaciones de la tecnología que en pasados mítológicos y leyendas de superhombres. La epopeya romántica que Hitler iba a ofrecer a su pueblo estaba en franco antagonismo con los intelectuales que compartían esas opiniones con sus camaradas judíos, pero el Führer estaba seguro que habían sido contaminados por éstos.

El sueño de concentrar el poder de una manera total no terminó con el fracaso de Hitler. Por el contrario, él demostró a los codiciosos de este mundo, que no son pocos, que gracias a los adelantos de la tecnología que ha perfeccionado de manera increíble los sistemas de organización, la idea de un domino total está al alcance de la mano. No en vano dedicó Bertrand Russell¹⁴ la segunda mitad de su larga y fecunda existencia a tratar de alertar a la humanidad de lo que signifi-

13 Rosenberg, Alfred (1893-1946), **El Mito del Siglo XX** (1930), el teórico más importante del movimiento nazi.

14 Russell, Bertrand (1872-1970) filósofo matemático del lenguaje inglés que escribió junto con Alfred Whitehead *Principia Mathematica* en 1910 y que luego dedicó su vida a la **filosofía política**. Entre sus publicaciones más importantes en este terreno se destacan **Ideales políticos** (1917), **Caminos de Libertad** (1918) **Perspectivas de la Civilización Industrial** (1923), **Ensayos Escépticos** (1928), **La Conquista de la Felicidad** (1930) **Poder** (1938), **Filosofía y Política** (1947), **¿Tiene el Hombre Futuro?** (1961).

caría la pérdida de la libertad en un mundo donde todas las decisiones que se tomaran fueran de orden pragmático, al servicio exclusivo de los intereses del grupo dominante.

La aventura totalitaria no ha terminado, y la espada de Damocles pende sobre nuestras cabezas. Sólo ha sido diferida, porque -entre tanto- el inmenso poder político que logró acumular la estructura nacionalista de los estados contemporáneos ha sido erosionado por el poder del **Mercado** (compañías transnacionales) en el que las conquistas y los logros son mucho más ventajosos que los que pueden ofrecer hoy los gobernantes, incluso de los estados más importantes. Es el mercado y no los gobiernos de turno, quien controla la información, la cual, a su vez, ha sufrido la más sustancial de las transformaciones, hasta el punto de haber originado una verdadera revolución, cuyas consecuencias son aún incalculables, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo.

Basta ver la capacidad considerable que poseen ciertos grupos o compañías para movilizar las tendencias en juego. Han logrado romper las barreras nacionales, hasta hace muy poco consideradas firmes y sólidas y en algunos casos, incluso, impenetrables; y su injerencia en cada vez más marcada y contundente en los otros órdenes de la vida: el político y el social.

A la vista de las innumerables transformaciones que ocurren a cada instante, sin previo aviso, para sorpresa de la mayoría de los hombres, la humanidad de hoy vive en constante agonía y ansiedad: de la noche a la mañana miles de personas se convierten en desempleados y pordioseros, en perseguidos y refugiados. Millares mueren de hambre o por el fuego de las armas. Poblaciones enteras un día cualquiera se envilecen o son esclavas. Esa sensación de precariedad, que hasta hace poco sólo era resentida por los judíos, la comparten ahora todos los hombres. Estamos hermanados en la impotencia. El desamparo frente a las fuerzas que manejan el timón es evidente. No tenemos ni siquiera claro cuáles son esas fuerzas. Los cambios son tan veloces y, a veces, tan radicales que la confusión también es global.

Nadie duda de que la humanidad ha hecho su entrada -no en el tercer milenio que no es sino entrar en un día siguiente cualquiera- sino en un planeta que, inevitablemente, será radicalmente distinto del que

se le hace tan difícil salir. Y no es, ni remotamente, el mundo que ofrecieron con tanto optimismo los *filósofos positivistas*¹⁵ del siglo XIX. Es verdad que el conocimiento científico ha logrado alcanzar valiosísimas conquistas entre las cuales muchas han contribuido al mejoramiento individual y colectivo, y han ayudado a satisfacer un sinnúmero de necesidades. Pero éstas, por sí solas, no pueden ofrecer a la humanidad lo que ella más necesita: la seguridad de su sobrevivencia y la libertad de crear, escoger sus formas de vida, actuar de acuerdo con sus preferencias, sin las cuales no se puede vivir con dignidad. Pero ello supondría una conducta supeditada a un régimen de responsabilidades compartidas y de respeto mutuo que estuviera en la agenda de los sustentadores del poder; practicada, en primer lugar, por ellos mismos y, en segundo lugar, por todos los pueblos y para beneficio de cada uno de los individuos, sin distinciones de ninguna clase. De *ninguna*.

Ni el *orden*, ni el *progreso*¹⁶, resultaron ser lo que habían imaginado aquellos idealistas. Es obvio que el hombre no está más cerca de la justicia social, la fraternidad o el bienestar indiscriminado, y que éstos ya no son sino frases vacías, material de relleno en los avisos publicitarios. Ningún pensador serio se atrevería a mencionarlas. Hoy se acostumbra a aseverar que lo que vaya a suceder en relación a la suerte de los pueblos será el resultado de fuerzas que no dependen de la voluntad humana sino de las influencias del mercado. La responsabilidad no tiene nada que hacer en un "*mundo más allá de la libertad y de la dignidad*"¹⁷. En vez de que la historia diera la razón a los judíos y sus condiciones mejoraran con el tiempo, el hombre común del mundo entero resiente, cada vez más, su carencia de poder y la precariedad de su existencia. Se siente incapaz de controlar su propio destino.

15 Augusto Comte (1798-1857) filósofo francés, fundador de la "*Filosofía Positiva*" que proponía darle a la ciencia el lugar que antes había ocupado la religión, y fundador de la sociología *científica*.

16 Orden y progreso eran los logros sociales que se alcanzarían con los adelantos del conocimiento científico, según el Positivismo.

17 Skinner, B.F. Psicólogo conductista radical. En su única novela, **Walden Dos**, Ed., Fontanella, Barcelona, 1968, presenta una sociedad utópica liberada de la *libertad* y de la *dignidad* que según él son las que inhiben un mundo de colaboración y de paz.

Justo cuando "*todo lo sólido se desvanece en el aire*"¹⁸, cuando se presiente que es inútil el intento de cambiar el destino de los hombres, cuando el desamparo se ha convertido en condición existencial del hombre y el cinismo sustituye al optimismo de tantos falsos ideales, los judíos se deciden a embarcarse en la empresa política, la constitución, el mantenimiento y el fortalecimiento del Estado de Israel, con el agravante de que pasaron dos milenios desde la última vez que se dedicaron a estos menesteres.

Que los judíos hayan carenciado de poder político, es una aseveración que está lejos de ser compartida por la mayoría de la gente. Por lo general, si bien se acepta que los judíos son una minoría, muchos están convencidos de que se trata de una minoría privilegiada. Pero, esto tampoco es un indicador de que tuvieran poder. Fueron esos así llamados "privilegios", que son inusuales cuando se trata de minorías étnicas, los que promovieron los ánimos en su contra, no sólo de otras étnicas menos favorecidas, sino de individuos y grupos pertenecientes a las mayorías, que siempre han resentido a quienes están en una situación más ventajosa; sólo que es mucho más fácil exteriorizar el descontento cuando se ataca a quienes no reciben el mismo respaldo ni la misma protección, los hijastros, los menos pertenecientes al contexto nacional donde esta situación viven. Es algo así como lo que, en su momento, denunció George Orwell¹⁹, de que todos somos iguales pero unos somos más iguales que otros.

Cada vez que se desata una crisis económica, los extranjeros y los judíos corren el riesgo de ser el pararrayos de las iras populares. En el caso del judío poco importa si es o no compatriota. En ese preciso momento deja de serlo, como por arte de magia. ¿Qué mejor prueba de su carencia de poder? Si lo tuviera, habría podido utilizarlo para hacerse respetar. En esta situación, los hombres se comportan como el resto de sus congéneres, los animales. No queda otro camino que el uso de la fuerza. Pero a lo largo de sus muchas vicisitudes los judíos de la Diáspora no fueron adictos a la violencia física, ni se distinguieron por

18 Frase de Marx, que sirve de título a la obra de M. Berman, pensador norteamericano, dirigida a analizar las características de la Modernidad.

19 Orwell, George (1903-1950), **Animal Farm** (1946). Pensador político inglés más conocido por su novela futurista "1984".

el afán de la conquista de territorios, que ha sido el juego sanguinario predilecto de los otros pueblos.

A los privilegios acodados a las comunidades judías de la Diáspora en el pasado feudal, cuando el colectivismo era la estructura social predominante, sucedió la época del individualismo. Entonces, cada judío optó por asumir su deber de prepararse lo mejor posible para ejercer su derecho a ocupar su puesto como ciudadano libre en la sociedad gentil.

El porcentaje de judíos analfabetas es prácticamente nulo, y el interés por la educación no se originó cuando le dieron la libertad de seguir estudios superiores para optar a una carrera profesional, sino que se ha cultivado desde tiempos inmemoriales. La tradición judía no es una tradición religiosa, sino una tradición de estudiosos. El sabio fue siempre más respetado que cualquier otra autoridad civil o eclesiástica a menos que éstas estuvieran a su cargo, como, en efecto, solía ocurrir.

Antiguamente, los jóvenes de pocos recursos y buena cabeza buscaban un enlace matrimonial en el seno de una familia pudiente, que les asegurara la posibilidad de dedicarse por entero al análisis y la interpretación de los textos sagrados. Amasar fortuna por el mero gusto de poseerla, nunca fue meta u objetivo del judío, a pesar de que esto sea muy difícil de creer, por estar tan arraigada la idea de su amor por el dinero. Lo que sí es cierto, es que conocía los beneficios de una buena situación económica que le posibilitaba dedicar más tiempo al estudio y que, por otra parte, no pocas veces le sirvió para salvar su vida.

Estos libros se caracterizan por ser tratados ético-filosóficos profundos y controversiales de los deberes y derechos de las gentes, del lugar que ocupan en la escala de valores de las diferentes e innumerables responsabilidades de los judíos de acuerdo con su sexo, edad, las fechas de su calendario, dedicadas a funciones específicas. Tratan acerca de cuáles deberías ser las conductas más justas frente a casos de difícil solución. En fin, se ocupan de todos los asuntos grandes y pequeños de la vida cotidiana del hombre, con el objeto de abrirse camino, encontrar vías para la superación, no sólo de las dificultades, sino de uno mismo.

En la tradición del pueblo de Israel no cabe la concepción de Rousseau, según la cual los hombres nacen buenos, y la sociedad es la culpable de su envejecimiento; ni, tampoco, la fatalista de los griegos,

para la cual la historia es un proceso cíclico y cerrado que se repite siempre igual. En la concepción judía, la humanidad se supera a través del esfuerzo tanto moral como intelectual. La búsqueda de bienestar y justicia son responsabilidades exclusivas del hombre y obligatorias para el judío.

A consecuencia de la revolución industrial y las sucesivas contiendas bélicas en los países donde residían, los judíos se empobrecieron y el grueso de la población comenzó a ganarse el sustento de la manera más ardua, lo que obligó a muchos a tener que alejarse de los estudios. Fue necesario, el surgimiento de un movimiento popular, el **“Jasidismo”**²⁰ para devolver al hombre común su condición de legitimidad en el medio judío. Lo logró mediante la crítica al intelectualismo y aridez de las argumentaciones racionales, comparadas con la vitalidad de los sentimientos y la importancia de las emociones para sentir la presencia divina, y ser favorecidos en sus plegarias por el Señor. Hasta en nuestros días se multiplican sus seguidores y detractores.

La asimilación pudo borrar sus tradiciones religiosas, pero muchos de los principios y normas de conducta tradicionales siguieron pesando en la conciencia judía de generación en generación. Probablemente porque le servían para manejarse en el medio exterior. Hoy en día, no es tan marcada esa característica, especialmente en los países más desarrollados, porque estas naciones no sólo están conscientes de que la educación ofrece oportunidades para mejorar las condiciones de vida, sino que han llegado al convencimiento de que sin educación no hay oportunidades.

El Holocausto hizo de todos los judíos, que permanecieron sobre la faz de la Tierra, sobrevivientes (incluidos los que no estuvieron sujetos a los campos de concentración nazis). Ya no podían sentirse a salvo ni con su educación esmerada, ni con su capacidad y talento puestos al servicio de las naciones. En el momento de sacar cuentas, el judío estaba demás. Fue por ello que esa misma asimilación, que quemó sus naves para que no hubiera marcha atrás, y los echó al mundo exterior – tan apasionados y entusiastas de los progresos del conocimiento, como para haber acumulado un número exorbitante de premios Nobel, científicos, músicos y pintores, filósofos, dramaturgos cineastas- terminó

20 Movimiento religioso popular que apareció en la 2da mitad del siglo XVIII.

por convencerlos de que no les quedaba más remedio que intentar obtener, por la vía de su soberanía propia, la igualdad indispensable para su seguridad, que no habían logrado adquirir en el transcurso de su larga historia de convivencia con los otros pueblos.

Cuando parecía que o podrían recuperarse de la herida mortal infligida por los nazis, los judíos se irguieron de entre sus cenizas, y el sionismo que lucía débil y poco atractivo, para la mayoría, en sus comienzos, se convirtió en un movimiento masivo después del Holocausto. En la forma y medida de sus posibilidades, los judíos del mundo que no fueron víctimas del nazismo se prestaron a contribuir en la consecución de un estado judíos que pudiera recibir a los sobrevivientes.

La mayoría de los países representados en las Naciones Unidas aprobaron su establecimiento, seguramente, porque no podías negar su cuota de responsabilidad, cuando no, en la ocurrencia de la tragedia, por lo menos en su magnitud. Habían sido muy pocos los que recibieron a los que buscaban desesperadamente refugio para salvarse y salvar la vida de sus familias. En cuanto a aquéllos que optaron por darles abrigo para mitigar su mala conciencia, pusieron cuotas de inmigración. Hace poco se publicó un libro abocado a informar acerca de la política que adoptó Canadá en esa circunstancia, que ostenta el título de "*None is Too Many*"²¹ (uno es demasiado) que fue la frase que la definió. No estuvieron dispuestos a recibir a ningún refugiado judío.

A dos años de finalizada la 2da Guerra Mundial, ya no había nadie que no estuviera enterado de lo acaecido a los judíos mientras duraba esa guerra. El mundo libre no podía recuperarse del horror producido por la visión de aquel infierno reflejado en las imágenes fotográficas que, ahora sí, era conveniente, para los países victoriosos, publicar y dar a conocer que los países aliados habían logrado que "el bien triunfara sobre el mal". Durante la contienda misma, las razones humanitarias nunca fueron tomadas en cuenta en sus decisiones estratégicas. Por supuesto que la guerra no se realizó para defender a los judíos, como tampoco se realizó para defender al mundo del totalitarismo. Esta guerra, como todas las guerras, tuvo por objeto impedir que las ambicio-

21 Abella I., Troper H., **None is Too Many-Canada and the Jews of Europe 1933-1948**, Random House, New York, 1982.

nes expansionistas de un Estado tuvieran éxito; con el aliciente de que el ganador obtendría sus trofeos, como en efecto ocurrió.

Era el momento propicio para apoyar el cometido judío de ofrecer a los sobrevivientes un lugar adónde ir, en el que pudieran rehacer sus vidas con dignidad. Nunca fue más certera la frase del sabio Hilel, que tanto gustan repetir los judíos, “*Si no es ahora, ¿cuándo?*”, porque lo más probable es que se trataba de un momento irrepetible; parecía que, como ocurre en las historias bíblicas, en esa hora de la decisión de las Naciones Unidas, ocurrió un milagro. Excepto el pueblo árabe, como es natural, nadie más se hubiera atrevido a negarles esa casi póstuma caridad. Hasta los antisemitas que, no por lo que había ocurrido, iban a dejar de serlo, preferían ver a los judíos vivos lo más lejos posible de ellos e, incluso, se hacían la ilusión de que, además de liberarse de tener que recibir a los sobrevivientes, iban a poder salir de sus propios judíos, los de casa, por así decirlo, porque iba a haber un lugar adonde podrían ser enviados.

Era como si se hubiera producido un doble “milagro”. Dos acontecimientos que nunca más se han repetido, ocurrieron simultáneamente para que los judíos pudieran recuperar una independencia política que más de 2.000 años atrás habían perdido, durante los cuales, no tuvieron una esperanza concreta de recuperarla: el primero, que los dos enemigos acérrimos de la post-guerra, la URSS y los EEUU, votaran conjuntamente a favor del Estado de Israel; y, el segundo, que judíos y antisemitas estuvieron de acuerdo en la necesidad de ofrecerle al pueblo judío un pedazo de tierra que le otorgara personalidad jurídica en el contexto político internacional vigente.

Los judíos no podían haber imaginado entonces todas las peripecias y angustias que acarrearían, ni la sangre que correría por haber dado este primer paso hacia una existencia nacional; ni siquiera los más avezados entre ellos, las milicias sionistas que, desde noviembre de 1917, cuando se publicó la “Declaración Balfour”²², se prepararon para la lucha armada por la tierra de Israel. La idea de un estado soberano fue apoyada por todas las comunidades de la Diáspora, porque

22 Declaración británica de simpatía hacia las aspiraciones sionistas, suscrita por Arthur James Balfour, Ministro de Relaciones Exteriores, del 2 de noviembre de 1917.

habían llegado al convencimiento de que sólo así podrían asegurar de manera definitiva su legitimidad. Había sido en vano luchar y enarbolar la bandera de la justicia social, de los derechos humanos. No es posible sobrevivir en un mundo cuyo orden está determinado por el poder, a menos que se posea una cuota del mismo.

Sin embargo, ha sido nada menos que esa legitimidad del Estado de Israel, de un Estado Judío, la que ha estado en juego; y por la que se ha tenido que luchar amargamente, desde el primer momento, cuando los estados árabes lanzaron su ofensiva con la excusa de recuperar los territorios que la decisión de la “partición”²³ había arrebatado a sus hermanos; y se abalanzaron de inmediato sobre un puñado de jóvenes mal armados y unos cuantos miles de sobrevivientes de la Hecatombe. Estos últimos apenas habían sido recibidos reciente y clandestinamente, porque los mandatarios de turno del territorio palestino (desde el remoto pasado esas tierras estuvieron gobernadas, la mayor parte del tiempo, por poderes extranjeros), les habían prohibido la entrada. Se trataba de los ingleses, los mismos que suscribieron la Declaración Balfour.

Ya han transcurrido casi 50 años desde entonces, y en estos mismos momentos, representantes del gobierno israelí y representantes del pueblo árabe palestino dirimen en la mesa de negociaciones la partición. Como si hubiera estado allí, paralizada todo ese tiempo; como si se estuviese todavía en el lugar de partida, como si no hubiera ocurrido nada en todo ese intervalo entre entonces y ahora.

Todo lo contrario. Los acontecimientos del Medio Oriente no han dejado de aparecer en primera plana en todos los noticieros, día tras día, a todo lo largo de ese período, a pesar de que, en esos mismos cincuenta años, desde que se desató el conflicto árabe-israelí, tuvieron lugar las guerras de Corea y de Vietnam. Mao Tse Tung cambió el destino del pueblo más numeroso del mundo. En África nació un cúmulo de naciones y desaparecieron otras.

23 La Organización de las Naciones Unidas, cuando votó a favor del establecimiento del Estado de Israel, también determinó la división del territorio palestino, de manera que una parte de él fuera otorgado al pueblo árabe. Las naciones árabes rehusaron aceptar esta decisión y, dieron comienzo a las guerras entre ellas e Israel.

Los países de América Latina cambiaron sus regímenes dictatoriales por democráticos y viceversa varias veces. Fidel Castro hizo de Cuba un país comunista. La izquierda dio paso a la nueva izquierda, ésta -a su vez- a la nueva derecha. Vinieron y se fueron los hippies. Se sucedieron las tragedias de Biafra, Camboya, las matanzas de Uganda, los distintos enfrentamientos étnicos en África y Asia.

Llegó mayo del 68 y con él, aún no sabemos cómo, comenzó a declinar el socialismo marxista en el ánimo de los jóvenes y de los intelectuales *progresistas* que hasta entonces estaban "out", es decir, marginado si no militaban con la izquierda. Apareció con brillo estelar Marcuse²⁴ y, muy rápidamente, se lo tragó la tierra sin que nadie se acordara más nunca de él. En 30 años se construyó y se derribó el Muro de Berlín.

Un presidente norteamericano fue asesinado y otro destituido del poder. España pudo finalmente desembarazarse de la dictadura de Franco, y elegir ser una monarquía democrática. El fundamentalismo religioso obtuvo su primer éxito político mediante el desalojo del Sah al trono de Irán. Desaparecieron las dos Alemanias para dar lugar a una "Neo Alemania" que riba bien con el "neo-nazismo" cuya aparición no se hizo esperar por mucho tiempo, y ya lleva años haciendo de las suyas. En cambio, desapareció Checoslovaquia para dar origen a la república Checa y a Eslovaquia.

Antes de esto último, se desintegró la URSS. Ya nadie volvió a acordarse de Gorbachov, así como tampoco de la Thatcher, mucho menos del Che Guevara. Mandela estuvo en prisión cerca de 30 años, salió de ella, el "Apartheid" fue derrotado, y es Presidente de Suráfrica. Empezó y terminó la "desobediencia civil" de Irlanda del Norte. La droga destronó al cigarrillo, y éste último entró en desgracia.

De Yugoslavia, probablemente, no va a quedar nada al cabo del tiempo que tomaría la enumeración precisa de todo lo ocurrido, mientras árabes y judíos siguen enfrentados por un pedacito de tierra, que no debe tener más dimensión que unas cuantas centésimas de la totali-

24 Marcuse, Herbert (1898-1979), filósofo y teorista social nacido en Berlín y obligado a emigrar, de Alemania en 1933, cuando comenzó la persecución a los judíos, primero a Ginebra y luego a los EEUU, inspirador de los movimientos políticos del año de 1968 en Francia y en los EEUU, cuya obra más conocida se titula **El Hombre Unidimensional** (1964) en el que denuncia el carácter represivo de la sociedad capitalista.

dad de los territorios que hoy pertenecen a los árabes; sin contar sus riquezas petroleras, que los sitúan entre los estados más ricos del mundo.

Para el propósito que nos ocupa bastaría hasta aquí con el recuento, que permite situar el conflicto entre árabes y judíos en su justa dimensión, diminuta en envergadura, comparada con la mayoría de los eventos enumerados que han sacudido al mundo en los últimos 48 años, mientras él aún está allí por resolver. Lo que supone que las causas de su persistencia son razones distintas a las intrínsecas, intereses externos que han jugado un papel preponderante en la complicación de las circunstancias originales que no eran propiamente las de ninguna de las dos poblaciones afectadas, la israelí y la palestina.

Lo peor del caso es que por lo mismo de su exagerada duración, las transformaciones que se produjeron a lo largo de ese período en el orden económico, social y político, y la gravedad de los sucesos, han trastornado el orden y la dirección del conflicto repetidas veces, de manera que se enredó cada vez más, y ya guarda muy poco parecido con lo que fue en un principio.

Aunque son muy escasas las personas que conocen y han seguido con rigor el desarrollo del problema, la opinión pública se polarizó de inmediato y los israelíes gozaron de su favoritismo por muy corto tiempo. A pesar de que el enfrentamiento ha sido entre dos grupos por así decirlo marginales a la civilización prioritariamente cristiana y occidental, y de que suele haber una tendencia a favorecer al más débil cuando se trata de un conflicto bélico, el respaldo de opinión del que gozó Israel en su primera guerra, la que fue llamada "Guerra de la Independencia", no lo volvió a tener nunca más. Al contrario, su popularidad disminuyó a medida que las hostilidades progresaron. Primero, porque la URSS, se alineó muy pronto con los árabes. Aunque las potencias occidentales no se tomaron la molestia de declarar un respaldo similar a Israel, la consigna de las organizaciones de izquierda mundiales fue que "Israel era cabeza de puente del Imperialismo Yanqui".

Debería resultar extraño la rapidez con la que los judíos pasaron de la categoría de víctimas a victimarios. No habían pasado dos años de su martirologio a manos de los nazis, cuando tuvieron que estar listos para salir a defender su derecho a establecerse en el país que, además de haber sido suyo en el pasado, les había sido legalmente entregado por

mandato del más alto organismo internacional. Volver a sacrificar vidas de sobrevivientes. No habían pasado diez, cuando ya era considerado un abuso que se recurriera al tema del Holocausto para explicar por qué era indispensable que los judíos tuvieran su propio Estado.

Unos años después de la "Guerra de los Seis Días" (1967) que se libró porque Nasser, el mandatario de Egipto, había dispuesto "lanzarlos al mar", acabar con ellos, en una especie de declaración de "Solución Final", que recordaba a Hitler; el mismo Organismo Mundial que había decretado la creación del Estado de Israel, declaró por votación mayoritaria de sus miembros que "sionismo (era) igual a racismo" (1975). El pequeño país llevaba años de turbulenta existencia durante los cuales constantemente eran muertos pobladores de los "**Kibutzim**"²⁵ cercanos a las fronteras, circundado como ha estado por sus enemigos. Esta fue la más infame por no decir blasfema acusación que las naciones del mundo podían haber hecho, a los sobrevivientes y herederos de la máxima expresión histórica del racismo.

Golda Meir, una maestra norteamericana proveniente de Rusia que, por su convicción sionista, emigró a Palestina, y llegó a ocupar el más alto cargo en la dirigencia de Israel, afirmaba que lo que nunca podría perdonar a los árabes, era que los hijos de Israel tuvieran que haber manchado sus manos de sangre. Elie Wiesel²⁶, cuya obra literaria gira alrededor del Holocausto, porque él mismo logró sobrevivirlo, y ha quedado preso de su pesadilla, describió en su libro "**El Alba**" el terrible drama interior que anida en el alma del judío obligado a usar un arma mortal contra otro hombre. Pero hubiera bastado que los israelíes perdieran una sola batalla para desaparecer del mapa. No podían correr ningún riesgo.

25 *Kibutz*, comunidad israelí colectivista voluntaria, principalmente dedicada al trabajo agrícola, en la que no existe la propiedad privada. Institución creada en 1909 por un grupo de judíos pioneros sionistas y que sigue vigente en Israel.

26 Wiesel, Elie (1928 - 2016), escritor nacido en Transilvania y enviado a los campos de concentración de Birkenau y Auschwitz, emigró a París al finalizar la guerra, el único sobreviviente de su familia y uno de los muy escasos de su ciudad natal. Ahora se residencia en los EEUU, pero escribe sus novelas en francés. En diciembre de 1986 le fue otorgado el Premio Nobel de la Paz, por su incansable lucha en pro de los pueblos oprimidos.

Las sucesivas victorias de Israel contribuyeron a crear en el mundo la convicción de la supremacía de Israel. Se perdieron las proporciones y a la vista de todos Israel aparecía agigantada por sus estrepitosos triunfos, mientras que los árabes comenzaron a verse como los débiles. Esta nueva impresión de un Estado de Israel poderosísimo enfrentado, ya no a los estados árabes, que por arte de magia pasaron a la retaguardia, sino a la población civil que había quedado atrapada en los territorios ocupados durante las guerras de Israel, fue la que persistió gracias a la propaganda que la URSS contribuyó a fomentar.

El Estado Judío recibió un golpe de gracia con el éxito rotundo del plan político publicitario que, a partir de cierto momento del conflicto, logró convencer a la opinión pública de que Israel no se encontraba enfrentada a todos los países árabes, como ha sido y no ha dejado de ser, hasta que hizo las paces con uno solo de ellos, Egipto; sino que su guerra era exclusivamente contra un pequeño pueblo sometido a la ocupación israelí; pueblo que, además, como por arte de magia, dejó de ser árabe a los oídos de la gente, para ser, desde entonces "palestino". Todo lo que los árabes habían perdido en cada una de las guerras, lo recuperaron con la utilización de los medios que hoy pueden hacer cambiar radicalmente la opinión de quienes se quiera y cuando se quiera, gracias a los adelantos en el campo de la comunicación. La imagen de Israel se deterioró y, de la noche a la mañana, se convirtió, a los ojos del mundo, en un país poderoso enfrentado a una débil población civil.

Hoy es indiscutible el papel preponderante de los medios de comunicación en la opinión mundial acerca de cualquier evento. La información que se recibe de los hechos ocurridos desde que existe la posibilidad de que las noticias alcancen los cuatro puntos cardinales está sujeta a factores que tienen mucho menos que ver con la verdad y la mentira que con los factores económicos, que son los decisivos. El "valor" de la noticia depende del grado de aceptación que pueda tener. Las noticias que atraen un mayor auditorio son las que tienen preferencias la hora de escogerlas, porque el precio que paga el cliente por publicidad depende de la cantidad de personas que la ven y escuchan. Cuando se trata de una contienda, un enfrentamiento, en el que es importante tomar partido de las partes involucradas, se preferirá favo-

recer la más conveniente, ya que sea para agradar a los mejores clientes, o para ganar nuevos.

El mercado decide no sólo lo que va a ser publicado, sino cómo, cuándo y dónde. La tergiversación, exageración y el ocultamiento de información en algo que no sólo ocurre en las naciones donde los medios están sujetos a la arbitrariedad de los gobernantes de regímenes dictatoriales. Hoy la libertad de expresión se confunde con la libertad de decir o callar lo que venga en gana, y la objetividad no tiene inherencia alguna en las decisiones, porque los objetivos que privan son de otro carácter, a saber, si lo que se dice y muestra "vende".

El conflicto del Medio Oriente ha estado manejado, en gran medida, por esta nueva dirección de los medios de comunicación, como sucede también con tantos otros que se presentan agradados o disminuidos, según convenga.

Es indudable que los logros más espectaculares de nuestro siglo son los tecnológicos. Si el siglo XIX se caracterizó por engendrar las ideas y dotarnos de ideologías; en el nuestro, en cambio, gracias a la tecnología, los inventos se suceden uno tras otro. La comunicación es probablemente la más beneficiada en ese campo aún si no nos referimos a los viajes planetarios, los paseos por la Lunas y el espacio. Las posibilidades que proporcionan la velocidad de la información y su cobertura simultánea internacional, cada vez más fácil de obtener, son inimaginables, el último ejemplo es el correo electrónico. El poder económico que genera es incalculable, porque la publicidad se ha convertido en un recurso extraordinario para un público cautivo en una sociedad orientada prioritariamente al consumo.

Todos los que necesitan obtener el favor del público consumidor recurren a ella. El nivel de eficiencias que han alcanzado los medios publicitarios ha hecho posible que se pueda convencer al hombre común de cualquier cosa, porque no hay nada más fácil que cambiar de "imagen", es decir de la forma como se ven las cosas. Esto significa nada menos que, dentro del repertorio de los cambios que se han sucedido a lo largo de estos últimos cincuenta años, incluso lo que no cambió, lo que sigue igual se ve distinto.

Este es un adelanto aprovechado hasta la saciedad por los políticos que aprendieron del nazismo el alto grado de influencia que tiene la

propaganda en la opinión pública. Desde entonces el ingenio y la pericia han superado enormemente el poder que tenía propaganda política en tiempos de Hitler. Hoy la propaganda, manejada como publicidad, se ha convertido, como todo lo demás, en "producto" vendible y, de hecho, vendido.

Se ha conseguido que el odiado "capitalista explotador" se convirtiera en "empresario progresista". Que "mercadeo" sea un término respetable y respetado, hasta el punto en que suele hablarse de él en mayúscula, a pesar de que el calificativo de mercader no haya dejado de tener un cierto sentido peyorativo. Las bondades que perdió el "liberalismo" político, se recuperaran cuando el vocablo se muda al campo de la economía. Ahora que los conservadores se han adueñado del término, el calificativo de "liberalismo" económico suena tan bien que ya se vende como panacea de la democracia. La defensa de las libertades básicas (los "derechos ciudadanos") está supeditada a la defensa de la "libertad económica".

Así como no se utiliza más la palabra "capitalista" desde que apareció la "economía de mercado", "socialista" se usa sólo para expresar al desdeñable. El vocablo "burgués" quedó olvidado en el diccionario. Ser rico, aunque sea "nuevo rico" comenzó a merecer el adjetivo de "bello". Lo prueban la proliferación de revistas dedicadas a la información, especialmente fotográfica, de las noticias "sociales", referidas a la "gran" sociedad y de telenovelas dedicadas a explayarse en su modo de vida, sus costumbres, sus aventuras, gustos y pasiones, y los enormes dividendos que produce este negocio.

El viejo dicho "hacer de una hormiga un elefante" y viceversa, viene como anillo al dedo para explicar lo que es posible hacer parecer con la publicidad. Y se hace continuamente, sin pestañear, sin contemplaciones, sin segundos pensamientos. Después de todo no es sino un negocio. Ser publicistas es una profesión como cualquier otras, cuyo único objetivo es hacer bien lo que se aprendió a hacer. Lo que se va a hacer con el producto de su trabajo no es de su incumbencia, ni su responsabilidad. También los químicos que se encargaron de preparar el gas de las cámaras que sirvieron para el asesinato masivo de hombres, mujeres, ancianos y niños en los campos de concentración nazis, eran así: eficientes, sin sentimientos de culpa.

Es obvio que la versión que recibe el público de cualquier noticia social, criminal, política, económica, cultural, etc., viene en la forma en que quieren que aparezca quienes manejan los órganos de información. Es un hecho que se puede hacer lo que venga en gana, si se dispone de los medios para conseguirlo. Tergiversar, ocultar, exagerar, atenuar, inventar, de acuerdo a lo que se persiga. Sólo se necesita “tener cobertura”, es decir suficiente cantidad de “tiempo y espacio” para alcanzar el cometido. Es prácticamente imposible discernir lo justo de lo injusto, la razón de la equivocación, lo bueno de lo malo en nuestros días, cuando como decía Orwell, en su novela futurista situada en el año de 1984, “la mentira es la verdad”. Once años después de 1984 ya ni siquiera existe, en el ánimo de las gentes, el resentimiento que esta situación producía en Orwell. Nadie se da por enterado de que eso ocurre.

En el pasado se mantenía la creencia de que el “significado”, e sentido, es inherente a las cosas. Los filósofos del lenguaje, una especialidad cuyos hallazgos son muy poco conocidos y comentados, incluso, en los círculos intelectuales, encontraron, todavía a comienzos de este siglo, que esa noción es falsa. Por el contrario, el sentido de los vocablos no es sino el resultado de convenciones sociales.

Mientras la semiótica, la disciplina que se ocupa de las relaciones entre el signo y el significado, permanece en la oscuridad propia de todo lo que acompaña al pensamiento abstracto, con los hallazgos tecnológicos en el sistema de comunicación, se cuenta con suficientes experiencias como para saber que la conciencia del hombre es fácilmente manipulable, y su memoria también, Nadie ha dudado de aprovechar este conocimiento, y sus graves consecuencias están a la vista.

Aparte del grave estado de confusión en que se encuentra sumido el grueso de la humanidad en estos momentos, la erosión del sentimiento de responsabilidad individual y colectiva, ha provocado una pérdida gradual del sentido de la vida en el individuo y de orientación y metas en el ámbito colectivo con el subsiguiente resultado de la proliferación de conductas inesperadas, que podrían ser la explicación de la propagación y fortalecimiento de extrañas creencias, y la tendencia dominante a caer en sectarismo, dogmatismo y fanatismo tan contra-productivos precisamente ahora cuando es fundamental mantener una

conducta racional para manejar el inmenso poder que proporciona la tecnología, que puede ser dedicado indistintamente en la construcción o destrucción del mundo. El uso que hagamos de la tecnología es factor decisivo de futuro que tendrá la humanidad.

Retomar las enseñanzas de los profetas y sabios que orientaron la vida de los judíos a lo largo de su historia, a pesar de lo lejos que estamos de ellas, por lo mucho que se ha avanzado en tantos aspectos del conocimiento, podría parecer traído por lo cabellos. Pero, el alejamiento del hombre de sus fuentes y raíces no significa que aprendió de ellas lo que valía la pena aprender, ni a comportarse como estaba escrito que debía hacerlo. Por el contrario, a medida que el hombre se sintió más seguro de sí mismo gracias a sus logros, desechó todo lo que, en su engrimiento, consideró periclitado. Con ello fueron a dar al traste también las orientaciones morales y políticas que contenían las leyes y normas sin las cuales es imposible imaginar la posibilidad una coexistencia pacífica entre individuos y pueblos, lo que, en el estado actual de la civilización, significa la inminencia de males aún mayores que los ya conocidos hasta el punto de que pueda llegar a vivirse en una sociedad de dominio total, que sería irreversible.

El panorama presente en el marco político es devastador. Hay cada vez más violencia, más opresión y cercenamiento de las libertades, más divisiones, nuevos enfrentamientos bélicos de carácter étnico y religioso, mientras los viejos permanecen sin resolver. Hay más hambre, superpoblación, éxodos, mientras la política del aislacionismo prevalece en los Estados que tiene la capacidad de ayudar a resolver los problemas que ocasionan tanto sufrimiento humano injusto.

El panorama moral no es menos deprimente. Cunde el materialismo, con su gama de efectos secundarios, la superficialidad, el egoísmo, la indiferencia, el narcisismo de los aventurados que tiene acceso a los adelantos de la tecnología. Se suele confundir el lujo y la comodidad con la felicidad. Su objetivo es ir en pos de todo y sólo aquello que se obtiene con lo que les sobra, el dinero. Su felicidad reposa en la creencia, fundamentalmente en este estrato social, de que todo se puede comprar. De lo que derivan algo, incluso, más nocivo: la carencia de valor de todo lo que no sea accesible por esos medios.

Los que sufren de los rigores de poseer menos, poco o nada, están igualmente obsesionados por el dinero. Su frustración, su amargura es inversamente proporcional a sus pertenencias. El pordiosero moderno al que, con frecuencia, se encuentra en las grandes ciudades de los países más desarrollados no se le llama mendigo sino “homeless”, desposeído. Aun cuando su falta de pertenencias no es lo que hace de él un mendigo, a nadie se le ocurre que pueda haber otras causas.

Uno de los motivos de las graves incongruencias de nuestro tiempo, y de que, a pesar de los adelantos científicos, haya tanta incertidumbre, es haber transferido la responsabilidad individual a la esfera pública. Este desplazamiento del orden moral al orden político, probablemente, se proponía librar al individuo de culpas; pero al suprimir su responsabilidad con el prójimo, lo dejó sin un propósito firme, el de hacer de sí mismo una “persona”. Este punto fundamental en las relaciones humanas está tipificado en el relato de Caín y Abel, cuando el primero, en un tono de aparente desafío, responde al Señor “*¿acaso soy yo el custodio de mi hermano?*”.

En el orden político ser responsable es igual a ser eficiente. En un mundo cuyo propósito es el de acumular poder no se exige de la sociedad sino competencia. Todo se mide en términos de éxito y fracaso. La sabiduría, la bondad, la generosidad, la capacidad de sacrificio, la honestidad no tiene nada que ver en estos quehaceres.

Sin embargo, nadie duda de que hay problemas globales que afectan a todos, problemas que son ingentes, y deben ser resueltos a la mayor brevedad: sustento, abrigo, salud, contaminación atmosférica, educación son las preocupaciones compartidas por todos los pueblos. Su solución es la que presenta la mayor inquietud, no porque no exista sino, por el contrario, porque es muy fácil. Bastaría con aceptar que hay una población superflua, descartable, y proceder a deshacerse de ella; para facilitar el camino de lo que, vaya uno a saber por qué, son los únicos merecedores de ser complacidos. Por eso mismo, la solidaridad y la colaboración recíproca no son virtudes, sino exigencias políticas fundamentales en la sociedad actual.

La máxima de responsabilidad individual y colectiva, de haber sido practicada en firme, habría impedido la continuación de los enfrentamientos bélicos. Bertrand Russell sostenía que la institución de la

guerra estaba periclitada en el seno de una Civilización Industrial, ni siguiera por razones morales, sino por las razones pragmáticas de que había dejado de ser un “buen negocio”. Parece que en esto se equivocó, porque prolifera en la Civilización Post-industrial a la que fuimos a parar a los pocos años de su muerte.

Ya hasta se ha acuñado la frase “aldea global” para hablar del mundo en términos postnacionalistas, con ese sentido conservacionista que invita a la solidaridad universal de los hombres en la defensa de un planeta cuyos seres vivos están en peligro de desaparecer; porque son sus condiciones físicas climatológicas las que han hecho posible la vida y su mantenimiento; pero por ser éstas limitadas, su deterioro, que aumenta en velocidad a medida que pasa el tiempo, puede dar al traste con todo, a menos que se despierte en la conciencia popular y se imponga en la de los mandatarios, la necesidad de tomar medidas que, si bien van a afectar a muchos intereses, son las únicas que pueden garantizar el que sea posible que también los descendientes de la presente generación puedan vivir.

Pero, así como ciertas cuestiones se encaran con el ánimo de quienes ya han entrado en una nueva época, hay otras como los conflictos entre pueblos y naciones en los que se repiten los viejos patrones aprendidos.

Uno de los casos donde la violencia y la agresividad ya han convivido demasiado tiempo es el del Medio Oriente. Golda Meir tenía razón de preocuparse por los hijos de la guerra. El veneno que se siembra un día no es fácil de erradicar en años. Muchas injusticias se cometieron de lado y lado. Surgió el terrorismo árabe dentro y fuera de Israel. Los extremistas de ambos pueblos se aprovecharon de las excelentes oportunidades que se les ofrecieron en ese caldo de cultivo que es el dolor, la rabia, la cólera, la impotencia. El horizonte de paz está muy nublado a pesar de los buenos oficios de quienes entienden los beneficios que podría traer una atmósfera de cooperación mutua.

El poder alcanzado por los fundamentalismos religiosos es una de las consecuencias más perniciosas de este estado de guerra continua que, de no haber sido por la prolongación exagerada de las hostilidades, jamás habrían podido extenderse con tanta audacia y tanto éxito. Porque en todas las épocas ha habido fanáticos; pero en las buenas,

pasan desapercibidos, nadie les hace caso, no son más que unos energúmenos y excéntricos, por no decir “tocados”. Es en tiempos como los nuestros, que toda clase de predicadores se convierten en figuras carismáticas alrededor de quienes se agolpan las gentes ávidas de promesas, de respuestas; dispuestas a entregar el timón y dejarse conducir por quienes les aseguren que saben dirigir la nave a puerto seguro. Esta circunstancia no ha sido desaprovechada. Mientras más radicales, más populares son.

La moderación, la racionalidad, no pueden competir con la pasión. Mantenerse en un plano moderado, crítico, en momentos difíciles significa tener el valor de aprender a vivir en la cuerda floja. Pero esto es un reto demasiado difícil para la mayoría e los hombres comunes. Las instituciones modernas que se crearon para organizar y orientar la vida política de muchos estados, como los partidos políticos, sindicatos, parlamentos, etc., han perdido su credibilidad, se han debilitado con el paso del tiempo. Incluso las instituciones eclesiásticas tradicionales sufren una inmensa disminución de su autoridad. Quizás se deba a su incapacidad de modificarse con la suficiente rapidez que exigen las nuevas circunstancias.

Ellas se enfrentan a toda suerte de agrupaciones emergentes que se afanan por ocupar el lugar dejado vacío por la decepción. Organizaciones civiles o religiosas que asoman promesas para irle al encuentro a la urgencia de respuestas, a la solicitud de medidas drásticas de emergencia. Nuevos o viejos ídolos se erigen, antiguos o modernos mitos se ofrecen como mercancías que satisfagan las exigencias de todos los temerosos, los fastidiados, los descontentos, os que se sienten desahuciados y los que caen en la tentación de probar lo exótico, anormal, fuera de lo común. Los más exitosos son los que no ha tenido que tomarse el trabajo de inventar algo nuevo, los que se contentan con desenterrar dogmas cuya efectividad fue suficientemente comprobada en tiempos de tormentas en el pasado.

Como el hombre no ha aprendido a dominar sus impulsos, es fácil presa de charlatanes que les ofrecen soluciones a sus más graves problemas en forma de recetas de cocina. Esto es lo que busca. Algo que no amerite demasiado gasto de energía ni de materia gris, y tranquilice su conciencia. Algo que lo mantenga distraído y cuyos resultados sean

rápidos. Esos mismos desconfiados e incrédulos que le dan la espalda al ensayo y error, al estira y encoge, a la negociación, compromiso, acomodo; logros limitado y relativos que nos ofrece la razón, caen, con sorprendente facilidad, en la trampa que le tienden quienes han descubierto la grieta a través de la cual van a infiltrar sus doctrinas.

Ningún humanista del siglo XIX hubiera creído que se podría regresar a la esclavitud de un credo sectario y fanático. No podía haber estado más equivocado. Ahora está más claro que nunca por qué le judaísmo se empeña tanto en la lucha contra la idolatría. El hombre no ha dejado nunca de ir en busca de tablas de salvación, ni se ha desembarazado de su tendencia a la superstición. Esta gran debilidad que sólo se puede superar con la pérdida de la ignorancia, hace de él una presa fácil de cualquier predicador de turno. Es tal su ansia que, en repetidas ocasiones de la historia, tergiversó el mensaje de la doctrina mesiánica al interpretarla equivocadamente como la promesa de una redención en tiempo histórico, cuando se ha tratado, más bien, de una meta a la que uno debe tender, pero que seguirá siempre adelantándose para ser inaccesible en el tiempo del hombre. Es la dramática relación de la perfección con el perfeccionamiento. El camino hacia la perfección es humano, la perfección, no. Dejarse seducir por falsos mesías en una constante histórica en las épocas de crisis.

Hoy pululan por todas partes cánticos de salvación para los seguidores y de apocalipsis para los oponentes de los predicadores. Los hay para todos los gustos, y para cubrir supuestamente todas las necesidades. Hacen oír sus voces agoreras, convertidos en jueces infalibles y maestros cuya autoridad no se pone en duda, que se aprestan a conducir a su *grey* por el "único" camino, el propuesto por ellos, por supuesto. Los demás son los "otros, apóstatas, traidores, culpables. Divisiones y separaciones tangentes que ocurren de la noche a la mañana. El desprecio, el miedo, el odio, la violencia cunde por doquier entre unos y otros. Creyentes y no creyentes, por una parte. Por la otra, lo que creen en esto, enfrentados a los que creen esto otro. Nuevos motivos para enemistarse, para sembrar la desolación y el sufrimiento entre los seres humanos.

El "nuevo desorden mundial" aparece con toda su virulencia de cara al "nuevo orden mundial" que, con optimismo tropellado frente

a la estrepitosa caída del régimen soviético, pregonaron los yanquis. Desorden y orden se persiguen. Contra la homogeneidad, la indiferenciación, la pérdida de la identidad, estimuladas por la sociedad tecnológica, se rebelan los que desean mantener, a toda costa vivas, sus diferencias. Regionalistas y nacionalistas de todos los órdenes: étnico, religioso, cultural, político resienten su debilitamiento inevitable y se disponen a resistir con el uso y abuso de controles, ordenanzas, aislamiento “voluntario” de colectividades enteras para evitar su asimilación. A la vista de tanto desorden, abundan los que ruegan porque alguien imponga orden. Cualquiera que sea. Pero, el día que se instale un solo orden, habremos entregado nuestro último pedacito de libertad a cambio de una paz de prisión. Habremos entrado en “un mundo feliz”²⁷, el mundo donde el poder ordenador tendrá a todo y todos controlados a la perfección.

En esta atmósfera de discriminación y prejuicios, cargada de amenazas que oscurecen el porvenir, se llevan a cabo las negociaciones entre palestinos e israelíes. Los hombres moderados de ambos pueblos, convencidos de que, más vale una solución imperfecta que continuar matándose entre sí, tratan de lograr acuerdos, y asumir compromisos. Los extremistas de ambos pueblos también están convencidos de que no deben ceder ni en un ápice. Prefieren morir y matar antes que convivir en el mismo suelo. Como sucede en Bosnia. Como no está nunca lejos de suceder en las naciones cuyas poblaciones tiene raíces distintas.

La muerte de Abel simboliza el primer genocidio de la historia porque, con su desaparición, la mitad de la población humana fue diezmada. El mundo entero era demasiado pequeño para que pudiera ser compartido por sus dos únicos habitantes, que además era, nada menos que, hermanos. La enseñanza que se desprende del relato bíblico es que la sobrevivencia de la humanidad está continuamente amenazada por la tendencia natural que había en el ser humano de odiar al prójimo. No queda otro remedio que crear y poner en práctica, mediante la educación y la aplicación de la justicia, normas y leyes, cuyo único objetivo sea el de regular y controlar las relaciones humanas para evitar

27 Huxley, Aldous (1894-1963) escritor británico que escribió entre otras novelas **Un Mundo Feliz** (*Brave New World*) de 1932, plantea un mundo futuro aterrador en el que la paz se ha entronizado por la coacción completa de sus habitantes.

los crímenes que, de lo contrario, se cometen. Las más diversas versiones de este relato no han dejado de aparecer a lo largo de los siglos, pero la relación entre los hombres no ha mejorado.

Uno tras otro los relatos bíblicos señalan los impulsos que han conducido al hombre a ser el protagonista de las mayores tragedias. La rivalidad entre hermanos con sus subsecuentes consecuencias es un tema al que se regresa en varias ocasiones. Como en el caso de los gemelos Esaú y Jacob, o el de José y sus hermanos. Las grandes religiones lo refrendan y lo pregonan, pero ellas mismas no tardaron en incitar a un hermano contra otro, cuando se produjeron, uno tras otro, los cismas por presuntas diferencias, que sólo fueron saldadas con la muerte. En efecto, no se trata sólo del malestar que pueda existir entre pueblos extraños, entre extranjeros. Las más cruentas batallas son fratricidas, como las que suceden en la actualidad, o están a punto de suceder entre los miembros de una sola nación. Incluso entre los que pertenecen a una misma etnia, cultura o religión. Si el enfrentamiento natural fuera entre padre e hijo como afirmaba Freud, el problema sería menor, ya que, por motivos biológicos, la misma Naturaleza se encarga de deshacerse del padre antes de que sea necesario cometer parricidio.

Durante los años de la 2da Guerra Mundial, mi padre, que emigró a Venezuela en 1929, fue abordado por un prelado que le preguntó por qué no lo veía en la Iglesia los domingos; a lo que mi padre contestó- no sin un dejo de preocupación por la reacción del sacerdote al oír su respuesta- que era judío. En vez de eso, fue mi padre quien se sorprendió cuando el presbítero le extendió y estrechó efusivamente la mano para decirle estas palabras: “¡Judío! Le felicito, porque ustedes los judíos son hermanos en la tierra, mientras nosotros los cristianos sólo somos hermanos en el cielo”.

En una sola generación los judíos afrontaron su peor tragedia a manos de un pueblo que se limitó a obedecer la voz de mando que ordenó la “solución final” y su más dramática recuperación, tanto en su Estado como en los países gobernado por regímenes moderados, donde son ciudadanos. Sería escalofriante que a esa misma generación le tocara ser testigo, víctima o victimario de enfrentamientos violentos entre sí, que pudieran desembocar en matanzas, por razones política, religiosas o las que fueran.

Esto que parecería imposible dado el alto grado de solidaridad que ha caracterizado siempre a los judíos, significaría una tragedia terrible, porque el sufrimiento y la muerte de los hijos del pueblo de Israel habrían sido en vano. Habrían olvidado la lección aprendida en su amargo exilio. Actuar como suelen hacerlo sus enemigos significaría su completa aculturación. En vez de haber adelantado en su camino hacia e perfeccionamiento, e retrotraerían a épocas primitivas y sangrientas. Pero este es el precio que se paga cuando entra en juego la política del poder.

El relato del sacrificio de Isaac es una prueba fehaciente de que el judaísmo rechaza el sacrificio humano aún si se trata de honrar al Señor. Durante todo el tiempo de su deambular por la historia, los judíos se entusiasmaron muchas veces con alguna idea o ideal, pero tan pronto como se trató de imponerlo por la fuerza, con la excusa de que *el fin justifica los medios*, echaron marcha atrás. Los métodos para llegar a una meta deben ser rechazados si exigen sacrificios humanos, sean éstos en el orden físico, sicológico o cultural. Deberán encontrarse otros medios menos dañinos; porque está escrito que “*salvar la vida de un solo hombre es salvar a toda la humanidad*”.

Por ello no se les ocurrió elegir en su largo exilio, el enfrentamiento bélico para exigir, como hoy lo hacen los palestinos, que se respetara su derecho a una parte el territorio donde generación tras generación, nacieron, crecieron y fueron enterrados. Quizás, el temor de quienes convivieron con ellos en España, Italia, Alemania, Francia, Inglaterra, Polonia, etc., era que fuesen a exigir tal cosa. Es probable que la desconfianza ancestral del gentil hacia el judío, provenga del inconfesable temor de que el judío fuera a hacer uso de sus prerrogativas, en algún momento, para exigir su porción del pastel.

Los judíos se establecieron en la península ibérica antes de la era cristiana, así como en Italia, Francia, Inglaterra y Alemania fueron y salieron expulsados varias veces durante la Edad Media, y han estado radicados allí por centurias. A Polonia llegaron por invitación de sus fundadores para ayudarlos a consolidar la nación. Prácticamente no existe un país de Europa en el que no haya huellas de la presencia judía desde un pasado lejano. Sin embargo, jamás tomaron las armas para

defender lo que hoy se consideran aspiraciones legítimas de los palestinos y de otras etnias que exigen su derecho territorial nacional.

Prefirieron aceptar el lugar al que los relegaban los gobernantes, antes que manchar sus manos con sangre o enviar a sus hijos al altar del sacrificio. Habían sufrido y visto sufrir demasiado, primero en su propio país y luego en su convivencia con los otros pueblos cuyo afán prioritario es la conquista, como para no haberse percatado de la validez de la lección talmúdica. Hizo falta que se cometieran contra ellos las peores injusticias y atrocidades, para que los jóvenes se atrevieran a darle la espalda a la tradición que exigía esperar pacientemente la llegada del Mesías, convencidos de la necesidad impostergable de defender su derecho a vivir con dignidad y en convivencia pacífica. No les dejaron otra alternativa.

Por eso, ningún otro pueblo está más calificado o mejor preparado para tomar en cuenta y entender el punto de vista de otro pueblo sometido. La historia puede probar que se propusieron e intentaron lograr el establecimiento de su Estado sin enfrentamientos bélicos. Esto demuestra hasta qué punto era inocencia política. Ambos pueblos hubieran salido favorecidos con la convivencia pacífica. El país, así como sus habitantes disfrutarían hoy, de un bienestar al que difícilmente pueden acceder ahora, después de la escalada de odios recíprocos en ese largo enfrentamiento que debilita su calidad humana y los precipita a soluciones radicales contraproducentes.

Pero la tradición política prevaleciente no es la de los pueblos vencidos como el judío, sino la de los victoriosos. Ellos son los modelos y todos tratan de emularlos. Estos son también entonces los resultados. La institución de la guerra periclitada, incluso con la aprobación de sus más genuinos representantes, es ahora el pasatiempo favorito de los países pequeños. Viejas rencillas, que yacían en el desván de la memoria, son desempolvadas sólo porque sirven de excusa para prender la mecha.

Al negocio de las armas le conviene ver aumentado el número de sus clientes. Eso sí, que esos clientes estén lo más lejos posible de donde se encuentre su distribuidor. Hay países con regímenes autoritarios que disponen de muchos ingresos que suelen ser usados para enrique-

cer su arsenal militar. En cambio, países poseedores de armamento nuclear tiene grandes dificultades económicas. Es una coyuntura que revive la amenaza de que la humanidad perezca en una guerra atómica. La terminación de la *guerra fría* que auguraba el fin de esta amenaza, no ha producido el resultado que se esperaba de ella. Por el contrario, el peligro es mucho mayor porque es imposible, por lo menos por ahora, contener a gobiernos que se manejen según el antojo de sus tiranos, quienes no tendrían el menos escrúpulo de utilizar armas nucleares, cuando lo creyeran conveniente. La única esperanza razonable al respecto es que estas guerras del Tercer y Cuarto Mundo dejen de ser un buen negocio.

El israelí acostumbra a usar la frase “volver a la normalidad”, para enfatizar el deseo de su pueblo de aprender a ser como los demás. Esto puede ser indicador del alto grado de aculturación en que se encuentra, pero puede ser, también la admisión de su resignación a seguir los lineamientos que le impone el mundo como condición *sine qua non* para optar a ser miembro del *club*. Los grupos discriminados terminan por aceptar que son, como han sido definidos por sus discriminadores; y se desviven cambiar, deshacerse de aquellos rasgos distintivos que los desfavorecen a los ojos de los demás; mientras tratan de ser lo más parecido a sus detractores. Se deshacen de su identidad para ser bien vistos o simplemente para poder pasar desapercibidos. Las mujeres, los negros las gentes de otras razas obviamente no logran alcanzar esta última meta. Parecería que a los judíos podría haberles sido más fácil. Ellos lo creyeron así, pero por alguna oscura razón, a pesar de haber hecho todo lo posible, especialmente en Alemania, para ser nada más que alemanes, fueron los otros lo que les recordaron, de la manera más drástica posible, su condición de judíos.

El pensador Elber Memmi²⁸, en su análisis sobre los pueblos colonizados sostiene que comparten con los grupos discriminados, como el de los judíos y el de la mujer, una *auto-estima* baja. Antes se acostumbraba decir "auto-odio", para designar lo disminuidas que se sienten

28 Memmi, Albert (1920-), sociólogo y escritor francés nacido en Túnez, especializado en los efectos sociológicos de los pueblos colonizados, encontrando semejanza entre su condición, la condición judía y la de la mujer. **Retrato de un Judío** (1962) es una de sus obras más conocidas.

las minorías frente a los grupos privilegiados; especialmente cuando se trata de aquellos que las tienen subyugadas. Su mayor anhelo es llegar a parecerse tanto a ellos, como para llegar a ser indistinguibles. La normalidad y la anormalidad se miden por esos cánones. Ser "normal" consiste simplemente en modificar su conducta y apariencia hasta conseguir ser igual a los demás.

El movimiento de liberación femenina cuyos logros aún están por descubrirse es un caso típico de este afán de igualdad. Es de justicia que ella exija obtener lo mismo que el hombre obtiene, cuando realiza el mismo esfuerzo y obtiene los mismos resultados. El mismo respeto, la misma consideración, el mismo lugar en el escalafón, el mismo salario. Pero eso no significa que para eso sea necesario ser como él, tratar de pensar y hacer lo que él hace. De lo que se trata es de exigir su derecho a que su trabajo, su participación en la sociedad, sea juzgado por lo que vale y no, como hasta ahora se acostumbra a hacer, por **quién** lo hizo.

La distorsión de sus exigencias legítimas le ha ocasionado nuevos y grandes problemas. Porque no es suficiente exigir igualdad; es indispensable acompañarla del derecho a ser reconocidas sus diferencias. El hábito de ser la mujer la depositaria del cumplimiento de los deberes del hogar y de los hijos, no ha logrado ser sustituido apropiadamente todavía, por el de la responsabilidad compartida con su pareja. O, en su defecto, que su horario de trabajo sea más compatible con sus otras obligaciones. Los nexos de la familia se han debilitado por estas razones, y aumenta el número de hogares manejado por un solo progenitor, justamente ahora cuando es más complicado ejercer la función de padres y es más urgente que nunca su intervención firme y positiva en el hogar para ayudar a contrarrestar tantas influencias perniciosas de la calle.

Pero, puede que sea una equivocación creer que los grupos marginados son los que desean emular a los poderosos. Porque lo contrario no es menos lógico. Los pueblos que llevan la batuta, imponen las reglas del juego. Quien desee compartir con ellos sus privilegios debe someterse a su arbitrio. Es así como unos y otros terminan por dejar en el olvido principios, modos de vida, hábitos que no son de manera alguna "anormales" por ser inusuales. Por el contrario, muchos de ellos

podrían haber sido muy beneficiosos, para la humanidad, si sucediera lo que nunca ocurre, que los de arriba emularan a los de abajo.

Si la historia hubiera estado escrita por los vencidos²⁹, se habría aprendido que el respeto mutuo, no es un mero asunto de moral y buenas costumbres, sino una práctica inteligente de sobrevivencia. No son las diferencias entre los individuos o los pueblos los causantes de los conflictos, sino el poco o ningún interés que han demostrado los poderosos en imponer una norma de conducta tendiente a neutralizar la tendencia egoísta y mezquina del ser humano de convivir en armonía con aquellos que son distintos, así sea por razones de sexo, edad, peso, color de piel, creencias religiosas, hábitos o costumbres.

Dejados a su suerte, israelíes y palestinos hubieran podido probar una forma no convencional de hacer las paces inspirados por su historia, sus enseñanzas, sus experiencias, que habrían servido de ejemplo a otras naciones que se desangran entre sí, mientras son los conejillos de Indias de quienes se aprovechan de sus conflictos para poner a prueba la eficiencia de sus nuevas máquinas infernales. Pero en el contexto político internacional, no sólo no se acostumbra a estimular, sino que, se dificultan las prácticas políticas que desean sustituir la conducta tradicional del enfrentamiento, por la de la colaboración, que es mucho más cónsona con el estado actual de la civilización.

El surgimiento de los movimientos fundamentalistas conformado por extremistas y fanáticos que, como un cáncer, crecen en el seno de cada uno de sus pueblos, complica aún más el escenario político, y debilita las expectativas de un futuro sin guerras; porque están abocados a impedir el éxito de sus hermanos moderados que abogan por la paz, porque reconocer, no sólo su conveniencia sino, su necesidad. Los radicales, en cambio, prefieren la muerte antes que ceder un milímetro de su recalcitrante posición.

La trayectoria tradicional de la discriminación sigue más o menos el siguiente orden: en el comienzo surgen sentimientos de desprecio, celos, envidia hacia los "otros"; a los que siguen los de desconfianza y miedo; generadores del odio; que, a su vez, cede el paso al deseo de venganza, y termina en el crimen, la guerra, la esclavitud, el exterminio y la posibilidad de una caída fatal en el mundo totalitario. A estas

29 Mate, M. Reyes, **La Razón de los Vencidos**, Anthropos, Barcelona, 1991.

alturas ya existe la convicción de que la sobrevivencia depende, necesariamente, de la inminencia del éxito de una política dirigida a debilitar los prejuicios que alimentan unos hombres contra otros; para que sea posible, por fin, mejorar la calidad de vida de cada ser humano, y no de unos cuantos favorecidos a expensa de otros.

Es verdad que ir contra la naturaleza humana impone un trabajo arduo y continuo. Ser pluralista, aceptar que el oro comparta las mismas oportunidades que uno, sin exigirle a cambio su suicidio cultural, es algo que no se logra sólo con lo que se ha leído en los libros, ni siquiera con haberlo practicado alguna vez. Hay que estar alerta siempre, pendiente de que ese derecho inalienable de cada ser humano no le sea arrancado en cualquier momento, especialmente cuando aumentan las dificultades y hay menos que repartir. Hasta ahora nunca se ha intentado seriamente hacerlo. Pero, ha legado el momento en que es indispensable aplicar con éxito una política dirigida a aprender a convivir en un mundo pluralista, para que el hombre común pueda permitirse imaginar un futuro mejor que el presente, en el que prevalezcan los lineamientos que proponen los anhelos legítimos del hombre, que no son otros que, ir en pro de la humanización progresiva, el compromiso recíproco, las responsabilidades compartidas, el reconocimiento de la dignidad humana y el derecho a ser diferentes.

Sin embargo, la tendencia a la radicalización, que ha caracterizado al siglo XX, golpea con ímpetu creciente a las instituciones creadas y dirigidas por tendencias moderadas. Hermanos de bandos contrarios se embisten. Su fuerza mayor proviene de que son los jóvenes los más propensos a enlistarse en las filas radicales. Su ignorancia de la historia y su estado de confusión frente a lo que demanda de ellos el futuro los convierte en presas fáciles de los predicadores. A medida que el tiempo pasa, los extremistas ultraconservadores se envalentonan más, gracias al constante aumento del número de sus adherentes y, por ende, a las sucesivas y decisivas victorias que han obtenido en el campo político. No se sabe si su próxima embestida podrá ser la definitiva. La voz de la razón luce débil frente al grito de los desafortunados que claman venganza, y arremeten contra el sentido común, con una vehemencia que parece incontrolable.

La reacción atávica de un sectarismo primitivo en convivencia con una civilización altamente sofisticada es extremadamente peligro en el Medio Oriente y en el mundo entero. Porque nadie sabe si " el nuevo orden mundial"³⁰, cuando el desorden se vuelva aún más impresionante, vaya a ser puesto en manos de algunos extremistas de esos, que ofrecen el orden a cambio del regreso a tradiciones y credos que parecían desterrados; pero -eso sí- valiéndose de los medios y los métodos que la tecnología de nuestros días pone a su alcance.

Una proliferación de sectas, multiplicación de pequeños grupos *separatistas*, divididos por diferencias, aparentemente, insalvables ensombrecen el panorama del **Tercer Milenio**. En vez de acercarse, como era el propósito moderno, a un mundo *pluralista*, de cooperación recíproca; todo hace prever que se va camino a uno *particularista*, que propone el aislacionismo. Da la impresión de que el recipiente que debía contener a todos los hombres, por todo lo que comparten y tienen en común, se ha roto en mil pedazos que no tiene conexión. Ahora, justamente, cuando se habla de **Aldea Global**, para referirse a la Tierra, tan pequeña se ha vuelto, toda ella agobiada, comprometida y enfrentada a problemas de naturaleza también global, cunden, por doquier, grupos cerrados, ensimismados, de espaldas al mundo exterior del que reniegan como si él fuese el mal mayor.

El atractivo de pertenecer a estas sectas o grupos radicalizados proviene, fundamentalmente, de que se les ofrece una actividad política no institucionalizada, que posibilita una participación mayor y activa de sus seguidores. No es, sin embargo, libertad lo que espera, sino un código rígido de obligaciones que no pueden poner en duda. Mientras mayores sean los rigores que se exige de ellos, mayor será el fervor irracional. Su secreto reside que invitan a la acción, no importa que ésta sea impuesta y regulada desde afuera. Mientras actúan sienten que su participación en el desenvolvimiento de los acontecimientos es imprescindible.

30 El expresidente norteamericano George Bush popularizó esta frase con la que auguraba un mundo mejor gracias a la terminación de la Guerra Fría, y al duro revés que sufrió el régimen comunista y el subsiguiente desmembramiento de la URSS. Sin embargo, es una frase que trae presagios de mundos robotizados en los que el lavado cerebral no haya dejado lugar para abrir otras perspectivas.

A este estado de cosas también contribuye, que la gente no se sienta bien representada por las actuales instituciones religiosas, militares, políticas y jurídicas oficiales, ya sea porque se ha infiltrado en ellas la corrupción, o porque han perdido vigencia y, en consecuencia, poder. Los poderes públicos y los otros organismos que, de una manera u otra, orientan y conducen a la sociedad, están en franca decadencia y no se apresuran a transformarse de acuerdo a las circunstancias en que se viven hoy. Sus representantes son siempre objeto de la crítica pública; están en la ira, ya sea para exagerar sus virtudes o para ser difamados y calumniados. Se hunde a unos, con el único propósito de que otros ocupen su lugar; sin que existan mecanismos que pongan coto a tanta arbitrariedad, porque se amparan en la libertad de pensamiento y palabra para propagar las más dañinas mentiras. Este debilitamiento de poder político vigente engendra el desorden que aprovechan, para justificarse, quienes proponen el regreso a la tradición; pero no toman en cuenta que en el mundo actual hay elementos que son irreversibles, por lo que el choque de unas tendencias con las otras será inevitable.

A pesar de que, aparentemente, se oponen como dos manifestaciones contrarias, el fundamentalismo y la sociedad burocrática y de consumo tiene mucho en común y son fácilmente complementarias. Ambos se benefician política y económicamente de la ignorancia de los hombres. Ambos están abocados a hacerles su lavado cerebral para poderlos manipular a su antojo. Y ambos los convierten en seres, obedientes y vacíos de un criterio propio, prestos a cumplir las órdenes que provengan de sus cabecillas.

En su obra de gran trascendencia, pero poco conocida, del sociólogo Zigmunt Bauman³¹, titulada **Modernidad y Holocausto**, hay un planteamiento impactante acerca del elemento novedoso que engendra la civilización post-industrial, gracias a la "revolución de la inteligencia"³². Bauman sostiene que como la ciencia y la tecnología

31 Bauman, Zygmunt, **Modernity and the Holocaust**, Cornell University Press. Ithaca. N.Y., 1989.

32 Toffler, Alvin. *Creating a New Civilization*, Turner Publ., Atlanta, 1994. Toffler y su esposa Heidi son futurólogos norteamericanos que se dieron a conocer primero con su libro *El Shock del Futuro*, al que le siguieron *La Tercera Ola* (1980) y *Los cambios del Poder* (1990), todos ellos para mostrar que el mundo había hecho su entrada definitiva en una nueva civilización, gracias a la velocidad del

son *amorales*, el científico y el técnico limitan sus fines al loro del éxito de la función que deben realizar, sin tomar en consideración el objetivo final de su trabajo. Esta condición burocrática y de funcionario que ostentan los *especialistas* aunados a los conocimientos e instrumentos que están a su alcance, y al tipo de organización y orden jerárquico que exige la tecnología, en cuyo ámbito el resultado final está lejos de su alcance, y a cada quien le incumbe sólo ocuparse de una porción del producto, facilita la pérdida de responsabilidad. La inmediatez es cada vez mayor entre la acción y su consecuencia. De esta manera los fines quedan aprisionados en la *eficiencia*. La única preocupación del burócrata y del técnico es cumplir a cabalidad lo que se le ha encargado.

Profesionales, científicos, técnicos y especialistas prestarán su apoyo incondicional a quien sea que detente el poder. Fueron entrenados para ser eficientes y éste es su único propósito. El *nuevo orden mundial* podría ser perfectamente un mundo burocrático, altamente tecnificado, manejado por una élite que dispondría, a su antojo, de la vida y muerte de cada ser humano y de cada uno de sus actos cotidianos en concordancia con sus doctrinas, creencias y prejuicios. El interés común, supeditado a los intereses de quienes tendrían en sus manos su destino. Un conglomerado de especialistas dóciles, aliviados de la responsabilidad de sus actos, colaboraría, sin pestañear, cumpliendo con su *deber* de hacer lo que se les ordenara.

Los adelantos que han alcanzado la física, bioquímica, genética, etc., son impresionantes comparados con el estado en que estaban en la época de Hitler cuando, por primera vez, se puso a prueba la capacidad de indiferencia de los burócratas para cometer las más monstruosas acciones contra otros seres humanos. Si las múltiples sectas antagónicas que proliferan en el ambiente de fin de milenio llegaran a matarse entre sí lo suficientemente, como es previsible, los sobrevivientes, vivirían sometidos a un solo yugo infernal. Entonces la pesadilla totalitaria de Orwell³³ dejaría de ser una obra de ficción.

aumento de los conocimientos que exige los lineamientos de una nueva sociedad con instituciones que se adecúen a sus nuevas necesidades.

33 Orwell, George, autor mencionado en nota no. 18, que se caracterizó por su denuncia del rumbo que sigue el mundo hacia la pérdida total de la libertad. Estaba lejos de imaginar que eso sucedería sin necesidad de ejercer coacción.

Esta es la razón por la cual el *Holocausto* no pertenece al pasado, sino que es un adelanto de un futuro previsible. No menos importante es la conclusión de que, tampoco, es propiedad privada de sus primeras víctimas, ni de sus primeros victimarios. En el pasado les correspondió ocupar el lugar de las víctimas de los judíos; pero en el futuro este destino puede estarle reservado a cualquier otro grupo humano enfrentado a otro a que las circunstancias coloquen en la posición de querer y poder hacerlo. Lo que está claro es que cualquiera puede llegar a ser indistintamente víctima o victimario.

La lección del Holocausto, como se desprende del trabajo de Bauman, es que "No hagas a tu prójimo lo que es odioso que te hagan a ti", que sintetiza a los 10 Mandamientos bíblicos, no es una formulación **ética** dedicada exclusivamente a la conducta del individuo sino, prioritariamente y con carácter imperativo, una **política** de sobrevivencia, que debe ser practicada recíprocamente por cada uno de los conglomerados humanos que hoy se agrupan por los más diversos motivos: religiosos, étnicos, raciales, culturales, ecológicos, políticos, etc.

Formular un programa para fomentar la cooperación y el entendimiento entre individuos y pueblos debería ser el objetivo fundamental de la política internacional, para ser implementada en las instituciones educativas de todos los pueblos. Esto significa un trabajo continuo y constante, de nunca acabar, porque siempre se encontrará resistencia a respetar esas normas que son contrarias a la naturaleza del hombre. Pero si se confía en su posibilidad de perfeccionarse, la educación le hará comprender lo que su instinto ignora.

No serán el mesianismo político ni las doctrinas apocalípticas, que en el pasado fomentaron un clima de tensiones e intolerancia que victimizaron a distintos grupos humanos, los que van a defender al hombre de las amenazas que se ciernen sobre él. Las utopías que pretenden tener una solución perfecta para los problemas sociales y que se tratan de imponer por la fuerza, y el poder que les proporcionan el lavado cerebral de las masas de hombres ignorantes, confundidos y asustados frente a los cambios y transformación vertiginosas de todos los órdenes de la vida actual, no contrarrestan las tendencias nocivas de la nueva civilización, sino que -por el contrario- las favorecen.

No es el cultivo de doctrinas que enarbolan el pecado o el patriotismo para exacerbar a las turbas, las que nos van a hacerlas entrar en razón. Tampoco, las promesas de salud, eterna juventud, felicidad, bienaventuranza de los predicadores y mercaderes, de todo tipo de salvaciones milagrosas, van a asegurar un porvenir para nuestros descendientes. Esa gran desilusión generalizada porque los adelantos del conocimiento serán siempre incompletos, relativos y, por lo tanto, limitados, ha conducido a que los hombres prefieran sustituirlo por tablas de salvación cuyas promesas vuelvan a tener un carácter absoluto.

A medida que aumenta la urgencia de aprender a actuar con cautela racional, más difícil es practicar el *sano escepticismo* del que hablaba Bertrand Russell. Lo más triste del caso es que esas *nuevas* doctrinas que cuentan con tan gran popularidad, no son sino las que, en su tiempo, la razón condenó al desván de la memoria. Ahora, parece que hubiera un intento descabellado de deshacer todo lo hecho, de retrotraernos a un pasado que la gente encuentra mejor, comparado con el nada atractivo horizonte de la civilización futura.

Otra de las razones de esta tendencia a regresar a formas de vida y creencias del pasado, se debe al temor justificado de la pérdida de su identidad, por la fuerte tenencia de nuestra civilización a borrar todas las cualidades distintivas que confieren singularidad a determinados conglomerados humanos; después de haber luchado tanto por legitimarlas. La civilización occidental es homogeneizadora. Y las minorías, como los judíos, temen ser absorbidas por completo hoy, que están perfectamente integrados a las sociedades de sus países natales. Al final de cuentas, ya ni ellos mismos reconocen en qué radica su singularidad. El miedo a desaparecer tragado por el remolino de la sociedad post-industrial o post-moderna, como algunos se empeñan en denominarla, hace que se despierte en algunos líderes el afán por encontrar los medios que puedan detener su desaparición.

Estas son las razones del atractivo con el que cuentan los movimientos ultraconservadores, que tratan de convencer a esas minorías religiosas, culturales o étnicas que sólo el regreso a las costumbres y formas de vida que han sido abandonadas por sus mayorías, podrían devolverles su singularidad. Como si lo único que los distinguiera de los demás, fueran sus ritos y costumbres. En el caso de los judíos, haber

llegado a la necesidad de aferrarse a símbolos y detalles materiales para sentirse protegidos frente a la asimilación, es la mejor prueba de que han olvidado el sentido original del mensaje judío. Como si su forma de vida singular y colectiva estuviera limitada a cumplir con obligaciones formales vaciadas de cualquier contenido espacial o temporal, con el ánimo de subrayar que su uso quede estrictamente limitado a una sola y única función: la de mantener vivas las diferencias. Esta actitud que propician los ultra-conservadores se ha colado a otros grupos, que están convencidos de que no existe otra forma exitosa de luchar contra la asimilación galopante que, efectivamente, está diezmando el número de judíos. Sin embargo, hay otros muchos que se rehúsan a aceptar que esta sea la única o la mejor opción de sobrevivencia.

Las diferencias entre judíos y gentiles son mucho más conceptuales que folklóricas porque tienen razones ideológicas, culturales e históricas que se alimentaron mutuamente, para dar origen, no sólo a una manera de pensar sino de actuar, que hoy más que nunca antes, adquieren una importancia inusitada, precisamente a las puertas de las grandes decisiones que deberán tomar el hombre, de frente a su porvenir. Los judíos tienen en sus manos una lección que es la única esperanza que puede liberar a la humanidad de los grandes peligros a los que se enfrenta. Pero la han olvidado.

En el remoto pasado, Abraham rompió los dioses de barro y desde entonces el pueblo de Israel marcha solo en el mundo porque se niega a aceptar la idolatría. Este es su propósito; alertar a los idólatras. En su largo transitar la historia de otros pueblos, ha visto surgir y caer uno tras otro los ídolos que la humanidad se empeña en inventar, para luego adorar y dejarse sacrificar en aras de ellos. A medida que el tiempo corre, más difícil se vuelve combatir a idolatría. En el remoto pasado los ídolos eran de barro y podían romperse con facilidad. Más tarde fueron hombres que representaban a los dioses os que ocuparon un lugar divino. Luego fueron las ideologías que consagraban al hombre como el depositario de la divinidad y, por último, los poderosos han logrado concentrar suficiente poder como para actuar como dioses disponiendo del destino del hombre común a su antojo. Todos les prestan pleitesía, incluidos los judíos. Ya no es posible vivir tangencialmente, de espaldas al mundo como en otras épocas.

La aculturación se vuelve total porque el sentimiento de responsabilidad queda mediatizado, y en un mundo así, nada de lo que se consideraba humanizante funciona. Se hace cada vez más difícil rebelarse y, por lo tanto, se opta por el cinismo desesperanzado, o por atender los llamados de quienes ofrecen una oportunidad carnavalesca de marcar las diferencias.

No están menos aculturados éstos que los otros. Por el contrario, están mejor predispuerto y son más propensos a aceptar los ídolos de la civilización post-industrial. Se sienten libres de culpa porque cumplen con sus rituales, y están menos propensos a la crítica tan necesaria para instar a los cambios de una sociedad que consume las últimas ráfagas de libertad, y hace de nosotros autómatas. Ellos se conforman con marcas su diferenciación con excentricidades que serán satisfechas por un mercado agradecido de tener que producir nuevos artículos de consumo.

La lección del judaísmo es el profetismo que alerta contra el endiosamiento del hombre y contra su envilecimiento, contra la mentalidad de conquista, contra la intolerancia, pero, sobre todo, contra el dogmatismo, el fanatismo de los idólatras que el roban al hombre su arma más efectiva de sobrevivencia: su facultad de criticar, de dudar, a analizar, de probar y de ir con tiento, en este camino inseguro que es el vivir, y dejar a alguien que siga con vida nuestro legado.

Como dice el relato jasídico: Hubo una vez un lugar donde se oía el mensaje, después se olvidó dónde estaba ese lugar, pero se recordó el mensaje. Luego se olvidó el contenido del mensaje, pero aún se recordaba que hubo un mensaje. Ojalá que no llegue el día en que no quede ni atisbos de que existió una vez un mensaje.

“Caminante no hay camino, se hace camino al andar”.

Antonio Machado